



Ester de Izaguirre

Último domicilio conocido

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Ester de Izaguirre

Último domicilio conocido

«Lo que hay que enseñarle al esclavo es que aborrezca su estado y se desprecie y se indigne; que ame la libertad más que su vida. No es cuestión de ciencia, no es ciencia la que hace falta, sino conciencia. El hombre libre buscará la ciencia sin que se lo recomienden. El prisionero resuelto a evadirse buscará la lima que corte la reja. Aprender a leer es encontrar la lima. ¿Un libro?... Cosa admirable, si el libro corta la cadena y desnuda el espíritu».

Rafael Barrett

Me despido de Asunción una vez más

Me voy de mí
cuando pierdo de vista la morada,
aquel enarbolado idioma,
las palabras que me llegan
del tabacal y las capueras.

Volveré a Buenos Aires,
cepo reverenciado, tierra hurtada
de mi primer insomnio.
Tenía cinco años y me hacían hablar
para reírse de mi pobre respuesta:
-Cómo te va paraguayita.
-Bien nomá.
Y me ahogaban el guaraní de las muñecas.
-Bien nomá.
Desangrada y triunfante.
-Bien nomá.

Aquí se quedarán mis ojos
y ni sé de quién son cuando despiden
con lágrimas ajenas,
a las cenizas
de mi abuela india,
al balbuceo de mi infancia
muerta.

E. de I.

Ellos

Es cuando llueve como hoy, que recuerdo tanto aquella casa. Qué felices éramos con los chicos, Felipe, el mayor, Natalia, la segunda y Joaquín, el tercero. Qué clima de plenitud con Germán; «fuera de lo común» - decía nuestra vecina, la inglesa Simson al referirse a nuestra relación con mi marido-. Él no era demostrativo pero tenía un carácter jovial y emprendedor... ¿Cuánto tiempo habitamos esa casa de la calle Bonpland 1799? ¿Cuánto hace que tuve que abandonarla para vivir aquí, entre «ellos»? Mucho, mucho tiempo...

Ayer, sin ir más lejos, pensé que quizás, volviendo a la casa todo podría transformarse. «A lo mejor aquello está intacto y si entro en ella, cada cosa se colocará en su lugar, y todas aquellas manos en mi mano».

Me despierto siempre con dolor de cabeza, apenas tengo ánimo para caminar un poco por el patio, siempre despeinada porque... ¡ah! no les conté, otro de los inconvenientes que tengo en esta casa es que «ellos» se lo pasan robándome todo. Lo último que me sacaron fue el peine. Me lo quitan y me lo devuelven para desorientarme, para hacerme creer que estoy perdiendo la memoria... ¿quién recuerda más que yo cada detalle del pasado? Tengo en la retina hasta el color de las paredes de Bonpland... ¿y el fondo? Era el altar de ese templo. Yo planté sus árboles. Vi uno de los pinos descuajado por un viento de junio, vi el agujero que dejó en la tierra y el perfume de la resina con que se impregnó la lluvia de la tarde.

¿Cómo decirles a «ellos», sin escándalo, que quiero regresar aunque sea por una hora a aquella casa para ver si Germán y los chicos me reconocen?

Además deseo poner mis pies sobre tierra segura. Aquí es como si pisara un terreno sísmico. Cada segundo tiene una inminencia de catástrofe. Cuando mis pies caminen la casa sabré a qué atenerme cuando llueva. Si puedo regresar volveré a ser aquella feliz mujer que fui, cuando mis hijos y mi marido me amaban, cuando en aquellas noches, gozosamente agotada, después de comidas, baños, mamaderas, los veía en sus cunas dormidos, y me iba yo también a hundirme en los brazos de Germán.

Ya está decidido. Me iré. Yo sé a qué hora «ellos» se distraen o se alejan... ¿por qué lo creí tan difícil? ¿Por qué aguardé tanto tiempo para volver a la casa? ¿por qué permití que me enclaustraran en ésta, que nada tiene que ver conmigo? Salgo ahora que el vestíbulo está desierto... ¡taxi!

-¿Adónde va, señora?

-¿Adónde? a Bonpland 1799...

Y este taxista también debe de ser uno de «ellos» porque me mira azorado, mira el número de la casa de la que huyo y me dice:

-Pero, señora, Bonpland 1799 es el número de la casa de la que usted ha salido.

Es uno de «ellos», y también la desconocida que se asoma a la ventana a gritarme:

-¡Mamá, vení, ya te escapaste de nuevo!

No quiero tener nada con esa secta. Se llaman «ellos» y nunca me comprenderán.

Último domicilio conocido

Aunque no recuerdo la fecha, sé que fue en París, en la Rue Louis- le Grand frente al teatro Marigny donde estaban dando una comedia policial de Agatha Christie.

Desde aquella tarde del enfrentamiento, no he tenido un instante de sosiego. ¿Por qué no le pedí la dirección? ¿Por qué no le anoté mi teléfono? ¿Cómo encontrarlo ahora si yo estoy confinado en este lugar de América, y él vaya a saber qué vientos y a dónde lo han llevado? Y todo por esta prisa de robot, por una entrevista sin importancia que no haría historia en mi vida.

Cuando nos separamos me sorprendí mirando sin ver, las vidrieras del Boulevard des Capucines. Traté de analizarme. Me sentía como de regreso de un viaje a un lugar lejano del que no recordaba más que el clima, como de retorno de un sueño del que sólo quedaban jirones, piezas de un rompecabezas incompleto.

Mientras tropezaba con transeúntes desprevenidos, con miradas sin destino, me acordé de la primera vez que estuve enfrentado a un espejo, igual al de las vidrieras de Benlux, que allí me devolvía una imagen de asombro y de cansancio. Reviví la circunstancia: me examinaba las facciones, la envoltura, el color de mi piel, la desproporción de mis bigotes, el color indefinido de mis ojos, y recuerdo que en aquella ocasión pensé por qué no podría existir en algún lugar del mundo alguien exactamente igual a mí, por adentro y por afuera. Y ¿cómo era yo interiormente? ¿Qué sabía de mí? Que era sensual, que amaba la vida, el color, la suavidad, la música, que deseaba amar. ¿Qué más? ¿Y los demás matices, y mis defectos, y mis sombras? ¿Y mis telones jamás recorridos ni siquiera en sueños? Mis eslabones perdidos ¿dónde buscarlos?

Seguí caminando por la Rue Blanche. Al cruzar el Sena me detuve unos segundos a mirar sus aguas que corrían oleosas y oscuras y ya cubrían las márgenes transitables. Más adelante, un mendigo durmiendo sobre un enrejado del metro. ¿Qué hacer? ¿Buscar en la guía telefónica el nombre que el desconocido me había dado, contratar a un detective o recorrer París casa por casa?

Durante los días siguientes apenas estuve para dormir -sueño sobresaltado y ansioso- en mi ocasional albergue de Clichy. Deambulaba ávido, impotente, por museos, calles, restaurantes, lugares nocturnos para encontrarme con Marcel Frantin.

En una oportunidad me pareció verlo por la Rue de l'Arbalette; corrí, lo tomé bruscamente de un brazo y cuando vi su rostro la decepción me arrancó lágrimas mientras hilvanaba una disculpa. «Nunca más, nunca más» me repetía.

Volví diferente a Buenos Aires. Con la inquietante sensación de haber perdido algo.

Hoy me encontré en un café con Cecilia, la paciente, la que siempre espera.

-Estás pálido. Muerto de hambre, seguro. ¿Te repusieron en la oficina? ¿Cómo te fue por Europa?

Mientras le oprimía las manos frías y suaves quise persuadirla:

-Hablemos de vos. O vamos a tu casa y no hablemos de nada.

-¿Para qué? ¿Así, sin palabras?

-¿Acaso no me conocés? Soy el mismo que despediste en Ezeiza. Ya nos sabemos de memoria todo el stock verbal. Vamos a tu casa y hagamos que nuestros cuerpos se digan cosas...

-Te desconozco -dijo Cecilia como si me viera por primera vez.

-Y antes ¿me conocías? -la desafió-. Yo no. Empecé a descubrirme. En París me enfrenté a mí mismo. Era igual. Nacimos el mismo día y sólo su nombre era diferente. Vieras, Cecilia, mientras nos acercábamos los dos, muertos de estupor y de admiración, nos fuimos deteniendo como hipnotizados, hasta encararnos. Él habló en francés, y yo, que nunca lo aprendí, le entendí hasta lo que no dijo. Y yo le hablé en castellano, hasta con lunfardos y me pescó íntegro ¿te das cuenta? Pero lo que no sé si vas a comprender es que cuando lo miraba, es decir, cuando me miraba en él, lo veía no sólo por afuera sino por adentro. Me vi por adentro. En la hora que duró nuestra charla me iba viendo todo. Supe con claridad lo que deseaba, mis miedos, mis pasiones y, maldito sea, dejar de verlo fue olvidarme de toda esa clarividencia. Se me cerraron de nuevo los telones y otra vez me estoy buscando.

Escuchá, Cecilia -continué como rezando- porque ya no sé, otra vez, lo que quiero y si te quiero, porque perdí para siempre a Marcel Frantin cuando tenía la oportunidad de retenerlo, es que te pido que nuestros cuerpos, cotidianos, sabidos hasta el hartazgo, lloren con caricias esta impotencia de ir un poco más allá.

El castigo

Ya no le entusiasmaba escribir. Sin embargo era -lo que se dice- un escritor de nota. Tampoco, buscar a la mujer que respondiera a todos sus deseos, porque siempre, como una muralla, acababan por interponerse la pequeñez, la mentira, la cobardía, el egoísmo.

Había envejecido en la búsqueda. Pero por más neurótico que fuera -sabía que la neurosis es el estado en el que no sirven las experiencias- ya se estaba convenciendo de que el amor, ese gran motor de la vida, no podía darse en esta tierra como él lo concebía.

Muchas veces pensó en la muerte pero no se atrevió a enfrentarla voluntariamente. Creía en el más allá y en el castigo. No lo haría nunca, pero le rogaba a Dios que no demorara el final.

Cuando subía a un avión su trasnochado romanticismo le hacía desear: «Que sea en este viaje». Después de todo lo halagaba la posibilidad de la noticia en los diarios: «En un desastre aéreo...» y no la crónica de una lenta enfermedad o de un accidente callejero. En el momento del «Fasten seat belt», mientras otros se aferraban con temor a los posabrazos, él se entregaba a la esperanza de una muerte a lo Saint Exupéry.

Pero no se producía. Estaba preso en la vida y lo que es peor, nadie veía la cárcel:

-Te felicito por el reportaje tal.

-Leí lo de tu viaje a Oriente...

-Muy bueno tu cuento del domingo... ¡Qué imaginación!

Imaginación. ¡Ahí estaba la clave! Ya que no podía morir de veras, se imaginaría la muerte. Trataría de soñarla, dormido o despierto. Así como urdía un relato, urdiría su propia novela. Si era capaz de crear un personaje con las palpitations de la vida, por qué no concebir su propio tránsito como a un personaje más. Claro, tendría que regresar, de vez en cuando, lo imaginado -ventajas de la ficción sobre la realidad-, pero qué importaba si podía abandonar por algún tiempo la rutina.

Comenzaría esa misma noche el descenso o ascenso a la otra vida. Cerró los párpados para provocar el sueño. En otras oportunidades había experimentado con los sueños hasta el punto de soñar lo que se proponía. Lo invadió una lúcida somnolencia. Luego, su cuerpo quedó sobre la cama exánime, indefenso. Su espíritu o alma o energía -o como quiera llamársela- lo vio desde «afuera». Se desplazó en un giro parabólico. El aire, las cosas, la naturaleza estaban dentro de él. Él era un cosmos que envolvía al otro, como la pulpa de una fruta envuelve el carozo.

Y no era oscuridad, puesto que lo envolvía otra forma de luz. La atmósfera era ubicua, disgregada, pura transición.

En ese clima de extrañamiento algo permanecía como una antorcha iluminando los recuerdos de su condición anterior: Los pensamientos. De manera -pensó- que el cerebro era inútil, que Descartes estaba equivocado ya que él podía afirmar: «Je pense, quoique je ne suis pas». Sólo que ahora los pensamientos eran más nítidos, como si un limpiaparabrisas enlustrara el cristal de los juicios y las evocaciones.

Ya no contaba con los sentidos, pero como durante la existencia-vigilia había aprendido a intuir, entraba en la muerte, todo intuición, despojada y esencial. Se movía sin quererlo y sin darse cuenta.

-Dios mío -pensó- en esta dimensión, la voluntad no existe.

Espectador de sí mismo, empezó a recordar a Elena, la mujer a la que más había amado. Y evocarla fue verla. Allí estaba en su cuarto de siempre, dispuesta a salir o aguardando a alguien. De improviso, ese alguien ya estaba allí, abrazándola.

Quiso interponerse entre el cuerpo querido y el intruso. No pudo. Quiso hablar. Tampoco.

Pensamiento e intuición condenados a cadena perpetua. Eso era él. Una marejada de ideas y de malos recuerdos. Además... ¿dónde estaba aquel cielo prometido? ¿la cohorte de ángeles, arcángeles, tronos y serafines? -a lo mejor no merecía esa visión celestial...- Ahora lo comprendía. Ellos estaban, sí, pero más allá de la muerte. Cada uno -arguyó- arrastra su cielo o su infierno desde la tierra. Nuestra alma sigue soñando lo que nuestro cuerpo fue: los santos acarrear su paz y su conformidad; los atormentados, sus desesperanzas.

Empezó a sentir lo que en la vigilia se llama tristeza. En su espíritu había lágrimas, pero, sin ojos, no podía derramarlas. Tenía necesidad de caricias aunque fueran mentidas y carecía de piel para gozarlas. Tenía palabras, infinita cantidad de palabras para decirle a Elena; se le ocurrían cuentos fascinantes pero había muerto con él, el dios que nombraba y simbolizaba.

Mientras justificaba los errores de los demás, que tanto le habían dolido, empezó a añorar aquel paraíso imperfecto de su cuerpo, aquella limitación que le daba la medida de lo ilimitado. Aquella realidad que dejaba margen para el sueño. Se sintió mal. Crecía en él la convicción de estar en el infierno, porque no ser y recordar lo que se fue, sentir y no poder expresar, es la máxima tiniebla.

Rápido. Tenía que hacer algo. Se suponía que su viaje era con boleto de regreso, pero cómo hacer para revertir el prodigio si no contaba con su voluntad. Era suficiente que deseara acercarse al suelo para que sus alas invisibles batieran hacia arriba.

Hizo el supremo esfuerzo de congregarse sus sombras dispersas, de reunir los cristales rotos de su identidad y para ello trató de recordar, de representarse su cuerpo: su delgadez -sos un esqueleto-, le decía Elena. Sus miembros ágiles, su rostro regular -pintón-, le decían las chiquilinas. El pelo algo encanecido pero «entero». Sus manos de artista. Ese cuerpo era la estación de termino. Allí debería volver. No distraerse del objetivo. Todo lo demás eran espejismos, manzanas de Atalanta, cantos de sirena, tentaciones circeanas.

Oyó una música -puro ritmo cardíaco-. Una melodía coral... ¡voz humana!... ¡si la reencontrara! Percepciones. Sintió el suave aroma de un alfalfar, luego el olor de su propio cuarto -a naftalina y perfume francés-. ¡Sí! ¡Era él! Allí estaba su cuerpo sosegado.

Sólo le faltaba imaginar que despertaba. Hizo el intento.

Quería soñar que despertaba de esa inducción ridícula. Parecía que ya se fundía en su cuerpo, pero, infructuosamente... La vastedad en que estaba era otra piel y no podía

trasbordar, no podía salir de esa burbuja de eternidad. El templo -su cuerpo- que ya no aguardaba a ningún dios, se había convertido para él, en el cancerbero de la vida.

Una sola voz, nada más

El salto de cama le dejaba al descubierto las voluptuosas pantorrillas. Tenía calzado un zapato. El otro, al caer, rompió el silencio del cuarto. Parecía dormida, como si el sueño la hubiese sorprendido de cualquier manera, jugando a las estatuas. Y quedó en la posición de una mujer aplastada contra el viento. Pero a no engañarse. No dormía. Con los brazos rodeaba la caja del teléfono, esperando que sonara y al fin escuchar la voz de él: voz somnolienta en la mañana, apresurada en la tarde, cálida en la noche: «¿Cómo lo pasaste? Deseo tanto verte». No oía más que el traqueteo del reloj que a veces tenía ritmo de comparsa o repetía palabras «noteolvides», «noteolvides», «noteolvides». Lo metió debajo de la almohada. Que se asfixie junto con las horas. «Nomeahogues», «nomeahogues», «nomeahogues». No habría clemencia. Allí tendría que aguantar hasta que él llamara.

Sintió frío. Desganada fue a la cocina. Encendió el gas. Puso el café a calentar y se quedó esperando hasta que el líquido, al chillar, le cambió la mirada distraída. Lo bebió como si tuviera sed o hambre o deseo simplemente de llenarse la boca vacía, de colmarse ella, también vacía.

Le pareció oír el teléfono. Soltó el pocillo y corrió. No. No era el teléfono. Era el maldito reloj que, a cualquier hora y a causa de la sordina de la almohada, sonaba a campanilla. Sonrió al recordar... Los dos estaban mirando el techo, acostados; él quizás indiferente; ella con ese sentimiento de pena que la embargaba cada vez que hacían el amor de ésta y de la otra manera y tenían que separarse.

-¿Sabés que parecés una chica de quince años? Es sorprendente; hay en vos algo intacto. Ella se rió irónica:

-Bueno, si en mí queda algo intacto... ¿adiviná qué es?

Y en aquella otra ocasión envolviéndole la cintura con un movimiento pausado y seguro, buscándole los labios para vencerla una vez más. Y una vez más lo conseguía: nadaban en aguas profundas confundiendo sus piernas con las madréporas y con las algas sombreadas del abismo.

-Cuando se te ve caminar parecés tan alta y a mi lado sos apenas una piba.

Y otro día (y aún el mismo día) en otra oscura intimidad, la voz del hombre era breve, cortante, precisa:

-Callate. No hablés. Dejame decir a mí. A vos te puedo contar cosas como a un taxista. Además, y no sé por qué, a tu lado siento paz. Toda vos sos una negación de la ansiedad que afuera me persigue. Todos me exigen, me emplazan. Sólo vos me tranquilizás.

Y otro día y otro...

-Decime, nena, ¿yo te gusto?

-Sí, me gustás con locura.

-Con lo que te sobra...

Ella vivió años a la espera de la palabra que los hombres dicen a las mujeres que quieren. Esas que se necesitan para aguantar el absurdo: «Te amo; no podría vivir sin vos; sos lo más importante que tengo».

Nunca se lo dijo. Nunca. Y esa nubosa tarde de invierno, al verse en el espejo algunas arrugas y una leve hinchazón de los párpados, tuvo la certeza de que no podría aguantar un día más sin escuchar esas palabras.

No necesitaba el reloj para saber que la noche había llegado. Se lo denunciaba el adormecimiento de los pregones callejeros. De pronto, como en un ataque de lucidez se encogió de hombros y aceptó el hecho de que pretendía un imposible. Pero la aceptación no duró mucho y se puso a repasar febrilmente los recuerdos... ¿Y si esas palabras habían sido pronunciadas y ella no se había dado cuenta? No. No las había oído ni en los momentos en que los hombres mienten para crear un clima propicio.

Se sobresaltó cuando oyó la campanilla del teléfono. Una, dos, tres veces. Cuánto pensó en esa fracción de eternidad. Tal vez él deseaba venir a su casa en lugar de encontrarla en el sitio de siempre: «Hoy quiero verte allí, donde vivís, porque tengo que decirte... o mejor... te lo digo ahora; a mí que tanto me cuesta decir ciertas cosas, me ocurre que no puedo callar más: nadie quiso tanto como yo te quiero». Al fin. Ya podría envejecer. Y por qué no. Morir también.

El teléfono insistía. Levantó el tubo y no necesitó acercarlo demasiado para oír la voz impersonal:

-¿Podría darme con Nora?

-Soy yo -musitó, derrotada.

-Me dio tu número el Turco.

-¿Y?

-Quiero saber si tenés libre esta noche.

-Sí. ¿A qué hora te viene bien?

-A las diez en Lavalle y Esmeralda. Pero... ¿cómo te reconozco?

-Soy rubia y llevaré un tapado verde oscuro con cuello de piel -no quiso agregar «tengo cuarenta y dos años».

-¿Disponés de toda la noche o de algunas horas?

-Lo que te venga bien a vos.

-Y bueno, la haremos larga. Chau.

-Chau.

Colgó el auricular. Sacó el reloj de su prisión. Miró los muebles del cuarto como si no los conociera, como si acabara de despertar. Empezó a ponerse las medias según lo hacía todas las noches, con la minuciosidad con que una niña viste a su mejor muñeca. En la ventana, el guiño rojo de un cartel luminoso.

El Dios completo

Fue en Lucania, un lugar que no necesitó figurar en el mapa, a orillas de un mar cuyos navegantes no fueron historiados. Una ciudad donde un grupo de poblados, tan mayores, tan sin niños que parecían los restos deshilachados de un desierto, vivían sin saber el significado de palabras como «futuro», «mañana», «siempre», «todo», «nada», «infinito».

Allí, Encarnación Ayala era tan vieja y tan joven como los demás (aunque, como no existían niños, nadie sabía qué era ser viejo). Ninguno había muerto todavía. Pertenecían a una cadena, a una sucesividad y a un final, pero ignoraban el hecho de morir y la palabra «muerte» era también tabú entre los «antes» y «después».

Encarnación se lo pasaba en la pequeña iglesia, enclavada en la piedra, rodeada de cactus y albardones. Era la más creyente de una religión parecida a otras pero con un dios que no se parecía a ninguno. Era una mujer tan buena que el dolor de todos la estigmatizaba y su cuerpo era un registro sangriento del drama de los demás. Cuando encontraba perros vagabundos los trataba con tanta solicitud que ellos le contestaban en un antiguo idioma.

Si castigaban a un inocente, se interponía hasta que el látigo formaba parte de su cuerpo. Cuando hallaba a un ciego -y en Lucania crecían como rípidos cardones- cerraba los ojos por largo tiempo para borrar los límites entre la luz y la tiniebla. Ante un paralítico, se inmovilizaba sobre la tierra cenicienta, hasta perder la memoria del camino.

Una vez, su amiga Águeda enfermó de un grave mal que le iba transformando las manos en sarmientos y le ensombrecía los párpados como plumajes de cuervo. Encarnación oró en el santuario más recóndito y le dijo a su dios -que por lo visto era un buen mercader porque hacía rato que trocaba monedas de plata por escudillas de alabastro o perlas negras por caireles de cristal-:

-Yo te pido que mi amiga no muera. Te ofrezco a cambio algo más precioso que los objetos que tus manos de bruma me aceptaron. Puesto que la amistad es el don más valioso

que me diste, te ofrezco no hablar más con nadie. Enmudecer. Estrangular palabras ante de que nazcan. Tú sabes cuánto me gusta comentar la salida del sol, que se triza en colores sobre las palmeras. Tú sabes cuánto me gusta hablar de las lluvias y del pájaro, que una vez, equivocado, llegó hasta las costas de nuestro río; de las lágrimas que descubro en algunas flores antes de que se marchiten. No hablaré más si ella no muere.

El dios mercader aceptó el trueque y Águeda se restableció. Y ella, a su lado, colmada de silencios.

Después fue la enfermedad de su hermano Epifanio que se quedó clavado como un tronco en medio de la calle desierta. Inmóvil, gris, con los brazos en cruz.

-Dios, si haces que no muera, yo te ofrezco dejar de llevarme alimentos a la boca. Comeré sólo unas frutas una vez cada tres días y sólo beberé cuando la sed me alucine hasta hacerme creer en paisajes diferentes.

-Sea -le respondió la misma voz que le ordenó a Epifanio que caminara.

Y otra vez fue el sacerdote quien se enfermó tan gravemente que se despidió de todas las rocas a las que su vista alcanzaba, porque, decía, que en el más allá habría de todo, menos piedras.

Y la buena, la abnegada Encarnación, llorando ante la fenicia deidad le ofreció lo poco que le restaba de su hacienda humana:

-Ya no comeré. Ya no beberé si lo salvas. Casi he olvidado qué son el hambre y la sed.

Así, poco a poco, Encarnación se convirtió en la única muerta de Lucania, sin saber que su dios había conseguido así lo que deseaba: no eran escudillas de alabastro. Ni perlas negras, ni silencios de palabras, ni el hambre y la sed de los hombres.

Quería ser un dios completo y sabía que el poder y los reinos de los dioses, sólo se fundan con la destrucción de su mejor criatura.

Entre dos hormigas negras

Yo, Marcelo Andreani, pienso que el tiempo es una venganza de los dioses. ¡Qué imagen móvil de la eternidad ni qué ocho cuartos! El tiempo me obsequió en cada cumpleaños unas cuantas arrugas, una voz más engolada, una escoliosis de columna, pecas en las manos, una jubilación de miseria -móvil también-. Y seguro que en algún aniversario, no sé cuál y es mejor no saberlo, me traerá el presente griego de la muerte. Sin empaquetar, sin la etiqueta de la boutique de moda, vendrá el gran regalo aniversario o mesario o diario, cincuenta y cuatro años tres meses y dos días y chau a tanta cosa disfrazada de eterna. Mis acreedores me llorarán, los oradores de turno se lucirán de lo lindo, alguno se probará mi ropa como dice el tango, romperán mis papeles, me idealizarán, me adornarán con las virtudes que no tuve, gracias también al tiempo que es como un chico

caprichoso «al que no le sale la jorobita cada vez que da y quita». No le sale; la otorga gratuita y versallescamente.

Pensando en ese final al que no puedo resignarme pese a tanta cosa linda prometida si me someto al misterio y al no sentido de esta fugacidad, hurgué en los rincones de mi imaginación. ¿Qué podría hacer para sobrevivir? Siempre hay un remedio. No es posible perder esta bolsa de humores que a veces resulta de buenos humores; no es posible aceptar que más allá -como dijo no sé quién- exista la nada o la misericordia y por lo tanto no hay por qué preocuparse; ¡si yo pudiera rescatar algo del naufragio! ¿Y qué, para mí? ¿Qué quisiera no perder al morir? ¿Qué sentido es el más importante? ¿El del oído? Fuera de la música, tanta bocina inútil, la de los autos y la otra. ¿Seguir palpando asperezas o suavidades? No, el tacto no es mi preferido. ¿Seguir oliendo? Salvo el «Cabocharde» (no es propaganda) todos los demás olores de la humanidad apestan...

¿Seguir viendo? ¡Eso! Seguir mirando la belleza, de una forma, de un color, de una nube, que de cordero se transforma en castillo, de un amanecer sobre el mar, del brote que me anuncia mis propios increíbles reverdecimientos. Es mi sentido mejor educado. Puedo reconocer matices infinitos; distinguir el color de una hormiga negra del de otra. ¿Que son todas negras? Eso creen los que no perciben las diferencias entre los infra-tonos del negro. O del blanco.

Ver. Seguir viendo después de la muerte. Y, Arquímedes moderno, no pronuncié el Eureka porque aún mi esperanza no se había transformado en experiencia.

Donaría mis ojos y les diría a algunas personas que siguieran los rastros del nuevo dueño. A Juan Alberto, por ejemplo, con su frustrada vocación de Sherlock Holmes, con su piel oscura, con su boca agrandada como para manducar un elefante, le encargaría que averiguara quién era el nuevo dueño de mis ojos. ¿Para qué? Para que lo observara al nuevo portador. En todo. En sus reacciones. Mirá -le diría- hacete amigo de él. Y míralo bien a los ojos como ahora me mirás a mí. Yo te voy a reconocer. «Hay algo más en el cielo y en la tierra de lo que ha soñado tu filosofía»... «Cosas veredes, Sancho, que non crederes»... ¿Que lo que reconoce es el cerebro...? Vos mirame y algo te dirá que no he muerto del todo.

«El desenlace se produjo de la manera más inesperada». Lugar común. Fue un desenlace cualquiera. Lo de siempre. La familia contando hasta el hartazgo los detalles: Pobrecito. Parecía que presentía. Entre tantas palabras que se dicen -generalmente lo que más se dicen son palabras- siempre hay alguna que viene al caso para acreditar que hubo señales premonitorias. Lo cierto es que sus ojos, fueron a parar a las cuencas desesperadas de un pastor protestante, que hacía doce años que protestaba sin mirar a quién.

Juan Alberto pidió estar presente el día -en las películas es siempre solemne- en que le quitaran los vendajes. El mismo clima. No puede haber mucha luz... ¿Verá? ¡Oh, querido! ¿Nos reconoces? ¿Quién soy? Gallito sin vendajes, Pastor, pastor, le verás ahora la lana a tus ovejas. Parpadea. Imágenes borrosas.

-Veo, al fin. Y mientras dos lágrimas aclaraban aún más los ojos celeste-verdosos pertenecientes al finado Marcelo, Juan Alberto aguardaba en un rincón, casi a oscuras, que el milagro dijera «presente», como un alumno que después de una larga gripe, reinicia el tedio escolar.

Oyó risas nerviosas. La operación, un éxito. Un pregón callejero, un timbre y al fin, la voz del enfermo:

-¿Quieren que les diga lo que más me impresiona de todo lo nuevo que me llega del mundo? La palidez de ese hombre que está en el rincón. Tiene la piel oscura de algunos habitantes de Mozambique, diferente de la piel de los oriundas de Zanzíbar y Camerún. La misma diferencia esencial que puede existir entre dos hormigas negras... No sé por qué lo sé. ¿Importa acaso...?

La mosca

Continúa con los ojos cerrados para prolongar la molición de saber a Paula arduamente a su alrededor. Paula mercenaria. Paula displicente. Por creerla dormida ordena el cuarto ingravida, sigilosa. Surge el cric de un papel al ser doblado, la percusión de un metal que rueda, el latido del anciano reloj.

No quiere despertar del todo. Existe un desnivel entre sus pensamientos y ese urgente agasajo del clima renacido. Le molesta la primavera. Los brotes en las manos. La savia que gorgoritea anárquica y la inunda toda.

Sabe muy bien lo que le espera durante el día. Llamadas telefónicas para sus padres ocupados como siempre en actividades de tomo y lomo. Su madre con ciento-y-una-horas de cátedra y su padre director de la biblioteca no-importa-cuál y escritor consagrado por las últimas estadísticas electrónicas.

-Buen día, Paula-. Relee distraída cualquier página del libro empezado la noche anterior.

No reclamo ninguna vanidad
que te demuestre.
El tiempo, lo sé bien,
no lleva tu nombre.

Cierra los ojos otra vez porque al desperezarse también se despereza el rencor. Un pensamiento acecha su vigilia y trueca las sábanas en sudario. Si no hubiera conversado tanto con su hermana Pilar. Si no la hubiese escuchado. Pero ella la dominaba. Hací esto. Todo es bueno, tonta, Dios no anda en minucias. Después te confesás y sanseacabó.

Desde afuera el pregón ininteligible del vendedor ambulante de todas las mañanas. Ah, si no hubiera tenido esas conversaciones en las que despuntaba siempre la locura. Pilar le hablaba perversa y deliberadamente, y en esa telaraña la había envuelto. Ahora es desde la cocina: un efluvio persistente de apio macerado. Todavía conserva aquella impresión. Su

hermana puso las manos en el marco de la puerta y le ordenó temblorosa, apretando los dientes:

-Cerrala, ¿no me oís?, ¡cerrala!

Ella se quedó mirándola inmóvil mientras en Pilar la histeria se clarificaba en lágrimas.

Vuelve al libro: Pero cuando en pos de él todo se encierra, todavía le parece ver jardines. Y las dieciséis cimitarras que sobre él se abaten...

Paula, la mucama, continúa su tarea. Las bocinas se entuban desde la calle.

En esa calle se recuerda, delante de cada escaparate liberador. Se contempla mentalmente dentro de aquel siete octavos color pastel. Si pudiera sentirse más atraída por esa clase de vidrieras, como sus amigas, como casi todas las mujeres. Sus compañeras de facultad tan pronto discutían la moda de los batidos en el peinado como polemizaban sobre el monólogo interior en Roberto Arlt. Reconstruye las reuniones con sus compañeras en el Instituto de Literatura Argentina, la fanática embriaguez de los exámenes y después la pregunta que sucedía a la realización de los más esperados acontecimientos: ¿Y ahora, qué?

Salía del Instituto ya entrada la noche y el fresco nocturno, las luces y el movimiento de Reconquista y Tucumán la mecían en un letargo.

Suena el teléfono. La voz de Paula indica «debe usted llamarla después de las veintidós». Cuántas horas faltan todavía.

La memoria retrocede hasta aquella tarde, cuando al regresar del centro encontró entornada la puerta de calle. Voces.

Seguramente visitas. Tal vez la tía Leocadia, la que practicaba a maravillas el estilo «aniquilador de realidades»: «Tú serías bonitilla si no tuvieras esa piel curtida de labrador» o «aprovecharías mejor tu inteligencia si fueras metódica». Ni más ni menos que el escudero del Lazarillo: «Tengo un solar de casas en mi tierra, que a estar ellas en pie»...

No. No era la tía Leocadia. Era voz de hombre. Y la risa, sí, la risa, al fin, de Pilar, la misma con que le había robado a ella la inocencia, como un chico arrebató a otro más débil una figurita de colores. La que le había obligado a hacer con ella aquellas cosas... Risas, otra vez. Pudo ver copas vacías: se habían decidido a destapar el vino reservado para las grandes ocasiones. Sus padres, corteses, dijeron algo de ella, de «la más pequeña». Ni siquiera le presentaron al novio de su hermana. Qué escondida tenía esta confianza constructiva. ¿De modo que había compatibilidad entre lo que a ella le enseñó Pilar y un noviazgo normal, burgués? Entró. Una malévola coquetería se agazapó en los hoyuelos de sus mejillas encendidas. Ni Dios le habría impedido quedarse allí, por el resto de la noche, prodigando su elocuencia y su gracia sutilmente femenina.

Ocurre que la infancia ha caído de sus hombros.

Ella sigue las espirales de una mosca que parece acorralada. Si no resultara ridículo le abriría la ventana. No lo hizo. La dejó con su destino de espirales.

La voz de su madre: «cuándo encontrarás un buen marido, un hombre como tu cuñado». ¡Buen marido! Ella lo sabía muy bien. Cada vez que salía le acariciaba la mejilla.] Además le dijo tantas cosas. Casi más que a Pilar. Especialmente cuando se encontraban solos. Hasta que aquella mañana fue más allá...

Yo quisiera convertirme en uno de esos que pasan en la noche montando potros salvajes.

Ya no podrá librarse de esa hiedra empecinada. De esa culpa que fue al mismo tiempo su venganza. Son siglos los minutos cuando nada se espera. Ansía la noche como una liberación pero la noche es sólo el comienzo de otro aguardo. Otra vez los párpados cansados. Si por lo menos creyera en algo. Si pudiera ir otra vez a aquel templo.

Se casaba una amiga y asistió a la misa de esponsales. La música del órgano, las luces de los candelabros, los frescos iluminados le infundieron una insólita sumisión a lo desconocido.

Salió su amiga -plena, vibrante como una madona rafaelina-, y otra vez el malestar. El traje blanco, para ella, sería un disfraz irreverente. Salió huyendo. Arañando casi los bajos de la marquesina.

Mientras caminaba, los faroles paseaban ramas por su rostro y veía en las estrellas el ojo bíblico de su hermana Pilar. Paula ya se fue. Hay páginas vírgenes en el libro pero lo abandona. Contempla la empuñadura del cortapapel. Es de nácar y la hoja, cobriza y deslustrada.

Hoy es sábado. Llegará otro domingo como todos y la familia se reunirá. Las miradas de complicidad de su cuñado, la tardía inocencia de su hermana que ahora, serena, pregona con su gordura la precaria felicidad.

Con sus sentidos ya en total esclavitud tiene la caprichosa sensación de que la mosca de las espirales gira ahora en su interior. Se impone abrir escotillas para liberarla.

Sus músculos se niegan a iniciar la rutina cotidiana. El tic-tac del reloj adquiere resonancia catedralicia. Se oye sorprendida musitar, «madre, yo era un lago profundo y sólo me protegiste en extensión».

Sus manos se mueven nerviosas. Una última agitación como la del pez que comprueba en la playa la inutilidad de sus branquias. Siente al fin la lasitud del sueño mientras sobre el brazo exánime florece una amapola.

Tuna

Se llama Tuna. Ganó el nombre por las plumas verdes, casi espinosas, que la cubren. Llegó un día al patio de nuestra casa y se anunció estridente.

-¡Una cotorra! ¡Vamos a cazarla! -dijeron los chicos.

-Con precaución que pican -previno la abuela.

Nos aproximamos cautelosamente, la tapamos con una manta mientras ella se debatía como un fantasma con ropa heredada y después, qué mirada de ironía sorprendí en sus ojitos azabache cuando comprendimos que era mansa y se dejaba contemplar como una modelo.

-Miren, le falta un dedito en la pata izquierda -dijo Martín, el más pequeño.

Y aquí se quedó, poblando las tardes de mi casa con sus silbidos y sus palabras. Porque, como buena cotorra ciudadana a la que le han llegado los beneficios de la cultura, habla. No importa que no se entienda lo que dice. Ella debe saberlo y muy bien. Además es inútil que me aseguren que no piensa. Tuna pronuncia cada misteriosa palabra con el énfasis de la inteligencia, con aires de reina del vocabulario.

Poco a poco dejó de lado su mansedumbre porque todos se entretenían en buscarle cosquillas tironeándole su ya estropeada cola o provocándola con el dedo. Sólo a mí, que la respeto, se me acerca desprevenida. Se aloja en mi hombro como en un trono y me acaricia el pelo y las mejillas con su grotesco pico desarmado.

Otras veces, antes de levantarme, la llamo desde la cama y, primero vacilante, luego segura, vence la distancia de los tres enormes cuartos que me separan de su jaula, y en un planeo de cormorán sobre el mar de las sábanas, elige el sitio desde donde, orgullosa, parece decir al asombro de los demás:

-Miren cómo me distinguen, miren, desconsiderados. Anoche, no sé cómo, ganó la calle y desapareció.

-Tuuuna, Tuuuna -llamaba yo debajo de los grandes plátanos.

¿Qué gato estaría preparándose para devorarla? ¿Qué patio cerrado para comenzar la tarea de la domesticación?

-Tuuuna...

Silencio. Llegué hasta la esquina donde hay una vieja casa desocupada. Me asomé y traté de ver por el resquicio que dejaban las sucias persianas atadas con cadenas. Un corredor desolado, los yuyos creciendo entre las baldosas, el tanque tumbado y sólo el eco escandaloso de mi voz en el silencio de la noche, llamándola.

Mientras mis pasos, en el regreso a la casa, denunciaban mi derrota, miré hacía arriba porque, bajo el amparo de la luna, se hizo luz un vuelo. Alguna lechuza. De haber sido Tuna me hubiera reconocido.

Tuna, pensé -si tenés las fauces de la noche cerca, me culparás, puesto que confiabas en mí. Ahora comprendo que tus gritos y charlas de la siesta eran melodías para mi corazón.

Al día siguiente, hoy, amaneció empañada nuestra calle. Qué grande era el lugar que Tuna había ocupado. Sin saber cómo me encontré otra vez mirando las ramas de los plátanos. Cuando ya me resignaba, oí el grito de una cotorra y rápido respondí.

-¡Tuna!

Y otro grito y otro más cercano. No creía en ese capullo verde que se acercaba por entre las hojas.

-Aquí, Tuna, aquí -y extendía yo también mis brazos como alas. ¿Y si vuela otra vez? ¿Y si al bajar pasa un auto y...?

-¡Tuna, aquí...!

Cuando ya en mis manos era un manojito tibio la llevé a la cara y se me acurrucaba con palabras recónditas y con besos inventados para el regreso. Nada existía en ese momento, ni la gente que observaba, recreando el momento cada uno a su medida, ni la mañana que se hizo luz, ni el tiempo inmóvil.

Claro está, no importa que su mirada no tenga la fijeza del azabache, y que en su patita izquierda no falte ningún dedo. Nada importa en el reencuentro, porque para revivir el milagro del amor, el corazón se vuelve ciego.

Yo, fabulador, el verbo en presente

Soy un escritor y el personaje de mi cuento se llama Francisco Sierra. Vive en Buenos Aires y tiene un pasado... ¡pobre! El tiempo de los hombres, como el de los personajes, es como una película que entretiene mi instante innumerable.

Pero vayamos al cuento. Francisco ama a Esperanza Ramírez, bella morena a quien conoció en su breve visita a México. Sabe que nunca podrá regresar a esa remota ciudad, y cuando imagina que habla con ella, inventa sus respuestas; cuando desea abrazarla, sus brazos estrechan su propio cuerpo; cuando quiere contemplarla, cierra los párpados para que no se evadan las imágenes. Teme enloquecer, porque en la soledad de su cuarto de hotel, con poco dinero, casi sin trabajo -apenas una changas humillantes- lo visitan tremendas obsesiones. Una de ellas, la más lacerante, es la de pensar en que el destino existe. Que la vida de los hombres está prefijada; que el hombre nace sentenciado. Entonces eslabona una interminable cadena de ucronías que se corta cuando el sueño, cada noche, le gana la partida: ¡Si él, aquella tarde de la despedida -allá en Tijuana- hubiera tenido la valentía necesaria para quedarse a vivir con Esperanza en tierra extraña! ¡Si antes de ir a México -contratado por la empresa de construcción- hubiera decidido quedarse en la Argentina y en vez de conocer a Esperanza Ramírez hubiera conocido a otra, en su tierra! ¡Si se hubiera podido casar, tener hijos, echar raíces! De no haber venido de la Provincia de Córdoba, allá en Moldes tendría su nido, fiel a la infancia y a los terrones. Y no como ahora

que tiene metidos en sus narices el polvo de la máquina resqueteadora y el olor de los ácidos para soldar caños en casas ajenas. Si en lugar de ir su padre a Córdoba como bracero golondrina, donde conoció a su madre durante una cosecha, se hubiera ido al Chaco... El razonamiento concluye, pues, en la posibilidad de no haber nacido:

-Yo no sería yo. Quizás fuera mejor no haberse asomado a este mundo, que no hace más que darme la cara fea de la taba.

Ese mismo día, en Tijuana, México, Esperanza Ramírez se casa con otro hombre pues se ha rehusado a afrontar la inanidad de la ausencia. Es enfermizo amar a un hombre tan lejano.

Las cartas no son él. El recuerdo es una cruz que señala el lugar donde no queda nada. Y ella se lo comunica así en un mensaje de despedida.

Francisco decide acabar también con sus propios desencuentros y una mañana aparece la noticia en los diarios: «En las vías del subterráneo de Retiro...»

«Si no hubiera ido a México, si no hubiera venido de Córdoba...»

Todo inútil, Francisco Sierra. Yo soy un dios escritor y me gustan los cuentos. Los he escrito siempre inventando situaciones; porque lo importante son las situaciones; los personajes, lo de menos. Llegará el día en que escribiré cuentos sin hombres. Eso sí, siempre breves: el breve tiempo de los seres humanos y con finales imprevistos que hagan estallar la monotonía como fuegos de artificio.

Las personas como Francisco, creen en el destino. Qué absurdo. Para sustentar esa fe deberían comparar lo que les sucede en la vida, con lo que yo les tengo deparado -o «escrito» como dicen-. Lo que no saben y no sabrán nunca es que son la materia de estas narraciones más que se parecen tanto a lo fatal. Ese equívoco incita a los personajes a enredarse en lamentables oraciones condicionales: «Si yo, si él, si nosotros...», «si no hubiera ido a México...»

Los escritores hombres desconocen el placer de saber cómo piensan los personajes de sus cuentos aunque vanidosamente se autotitulen «narradores omniscientes». Saberlo todo es mi privilegio. Por eso me enteré de la utopía de Francisco: modificar el-cuento-vida que ya ha sido escrito para siempre. Sus tiempos verbales en futuro o en pasado son para mi eterno presente un mero juego de metáforas.

Francisco le llamó destino a la relación del escritor con su personaje. Pero a mi vez, yo, Dios, soy el personaje de otro cuento.

La morochita

La vimos en la estación Victoria y le comenté a mi hijo: esa chica se parece a la que fui. Tímida, delgada, con una extraña hibridez de audacia y desgano. No podía quitarle los ojos

de encima, y a la imagen del andén se unieron otras. Jugaba a la rayuela en la vereda de ladrillos viejos. Quería llegar al Cielo y perdía siempre.

Las visitas me hacían preguntas tontas para hacer ver a mi madre que eran tiernas con los niños. Nunca pude aprender fórmulas o se me confundían: «mucho disgusto señora» «desgracias, desgracias» «hay de qué, hay de qué» y perdía, perdía.

Me gustaba el compañero de colegio «sin saber para qué». Pero él me dio una carta para mi compañera Gloria, siempre tan almidonada con aquel guardapolvo immaculado, y el gesto altivo y la voz segura que contestaba bien a las visitas. «Gracias, cómo no, cuando desee». Fui correo del azar, del zar y los azahares en muertas primaveras.

Yo quería un hermano para ver las barrancas en su primera cita con el Paraná y cazar yacarés, aunque después ninguno nos creyera...

Ni hermano ni padre ni aquel perro que alguien envenenó de puro solo, y la música del armonio en la Iglesia del Carmen...

Algo oscuro y sonoro quedó en el aire la tarde del exilio.

«Cuándo volveré
para poder unir la quebradura
que existe entre lo que era y lo que soy...»

Se vuelve menuda la silueta de la Morochita en el andén. Se está alejando. Se perdió entre la gente que desciende y la que sube a los trenes.

¡Dios, ahora que me encontré, no me hagas esto! Y mi hijo: -Mamá, ¿dónde estás mamá? Otra vez se escondió detrás del tiempo.

El nombre en cuatro tiempos

Se llamaba Sofía Linares. Era pequeña, fea, simple, envejecida. En la biblioteca donde desempeñaba las más variadas tareas -desde barrer los pisos hasta servir una copa a los invitados especiales- nadie reparaba en ella, hasta que los ojos displicentes de aquel escritor le contaron los lunares mal distribuidos en el rostro y le peinaron, con la mirada neutral, el hirsuto cabello canoso.

«Querida: cuando me contestes no pongas tu verdadero nombre porque la carta podría caer en manos extrañas y todo se echaría a perder. Que sea cualquier nombre menos el tuyo. Por ejemplo, podrías firmar... Sofía Linares, que es el nombre de una empleada de la biblioteca».

Desde entonces toda la historia del amor se repitió recreada, entontecida, nueva, en las cartas que el escritor y su amada se cambiaron. Hasta que un día, una carta de ella,

conmovedora y adolescente, cayó en manos de la que desconfiaba y urdía sórdidas historias, con lo que podía escamotear de la pura realidad de ese amor.

No pudieron escribirse más. Juntos estaban sepultados, allí donde el sentimiento seguía viviendo, impotente. Nadaban en el mismo silencio que sucedió a la pregunta «¿quién es Sofía Linares? ¿eh? ¿quién es?».

Desde el nacimiento de ese mutismo, la verdadera Sofía Linares, antes fea, pequeña, simple y envejecida, ocupaba ahora su verdadero lugar, y resplandecía.

Protagonista, sin saberlo, de un drama de amor, allí estaba como una cruz fundando esa realidad que era tan visible como la sordidez del piso de la biblioteca, como las estúpidas conversaciones de los visitantes ilustres.

El buen negocio

¡Si me animara! Si pudiera trascender este rutinario mundo en el que me muevo. Si yo, Francisco Mencía y Albornoz, a mis cincuenta y tantos años pudiera vivir intensamente un solo minuto, un día, un mes, haciendo lo que me dé la gana. Claro, tengo que saber qué es lo que tengo ganas de hacer; tachar en mi catálogo de acciones lo que los demás quieren de mí, y quedarme con lo que nazca de mi más auténtico deseo.

Soy un solterón viajante de comercio. Esto quiere decir que no tengo raíces en ninguna parte. He rendido una especie de culto al desarraigo. Uno se detiene más de la cuenta en algún pueblo y ya parece que lo están corriendo las hormigas. La «marabunta». Y hay que disparar. No importa a donde. Viajo y duro. No vivo. Duro como los pabilos de algunos ranchitos donde no hay aceite para más -y ojalá no se apaguen antes de que la purretada se acueste-.

Duro como un pabilo. Pero ahora yo, Paco para los amigos españoles, Pancho para los «amerindios» y Francisco para los documentos de identidad que no identifican nada, quiero vivir y como no tengo la manera de comunicarme fáusticamente con el demonio para sellar un pacto con mi sangre, apelo a la única fuerza de que dispongo: la de mis deseos.

Empieza el arduo problema de la elección, de eso que justifique toda la existencia. ¿Ir a los grandes museos de arte? ¿Recorrer el mundo y descubrir sus bellezas naturales? ¿Escuchar al mejor concertista, la mejor orquesta, amar a una mujer hasta enfrentarme a mis límites, aunque después el viento de una noche apague el pabilo?

Llego a este punto de mis meditaciones y se me cruza la imagen de aquella mujer a quien vi en dos oportunidades en el puesto de flores de la calle Santa Fe. Conozco su nombre, su voz y su mirada. Me los dedicó la primera vez, serena y displicente cuando respondió a mi curiosidad sobre la hora: «faltan cinco para las diez». Y eso fue todo. De manera que ¿cómo haría para reencontrarla?

Luego fue la segunda oportunidad. Caminaba también por Santa Fe una tarde vacía de domingo -son siempre vacíos los domingos de los que estamos solos- cuando me detuve en

una esquina abstraído ante la gente como ante las llamas de un hogar o como frente a una ventana que da a la lluvia. De pronto sus pasos. Más que oírlos, los adiviné. Cuando volví a preguntarle por la hora, su respuesta retempló mis esperanzas:

-¿Todavía no compró reloj? De manera que es ella. Deseo verla... la buscaré.

No fue difícil hallarla y nada se parece a la trama áurea que tejimos y destejimos en los días de nuestro amor. Pero yo tengo que partir hacia el norte y ella se radicará en el extranjero. No importa a qué país. El de la ausencia es uno solo.

Hoy es la separación. ¡Cómo quisiera haber tomado fotografías, filmado esas transitorias eternidades! Cómo quisiera tener una memoria precisa para que nada de estos días se pierda. Ni el olor de los parques que recorrimos ni su propio perfume, ni la suavidad de sus mejillas ni aquellas palabras premonitorias:

-Ni que fuésemos dioses -me dijo.

-Es que lo somos -afirmé- porque estos treinta días valen treinta años. Ni tiempo físico, ni síquico ni cronológico ni filosófico. Sólo tu tiempo y mi tiempo... Cerré los ojos y después de conocer la cifra de las palabras descubrimos la hondura del silencio.

Hoy es la separación. Como casi siempre en las novelas y en las películas, sucede en una sórdida estación de ferrocarril donde nadie mira a nadie. Ruido, maletas, silbatos y apenas un beso que no llega a la piel y se diluye en el aire del otoño que empieza. Ella se aleja cada vez más. Ella, cuyo nombre amado no pronuncio, la que pudo llamarse primavera, vida, juventud. Se da vuelta por última vez y veo su rostro desdibujado por lentejuelas de oro. Yo alzo una mano indecisa y cierro los ojos mientras salgo hacia la realidad.

Yo, Francisco Mencía y Alborno, cincuenta y tantos años -según los almanaques- no me asombré ante el espejo de la confitería porque lo que me ocurrió no es original y les sucedió a otros personajes de cuentos y novelas. Me encojo de hombros, me acaricio las inéditas arrugas y cruzo el Parque del Retiro mientras algunas palomas se acercan mansas a mis manos trémulas. Pienso que cambié treinta años de soledad por treinta días de amor. La vida es una puntual cobradora pero qué importa si yo también hice con ella un buen negocio.

Tiempos impares

No. Nada de Pirandello. Pero lo cierto es que soy un personaje de uno de tus cuentos. Al principio surgí de tu centro, abrupta, filosa, con las imperfecciones de la impronta con que se te ocurrió crearme. Después, me fuiste elaborando cada noche. Me corregías una palabra, un gesto, una línea del rostro y yo, hierática en mi actitud condicionada de criatura literaria, te dejaba hacer pero, como una potencial Galatea, sentía ya en mi piel la caricia genesiaca de tu cincel.

No escribiste otro cuento por mucho tiempo. El tema de la narración no era erótico. Yo soy una mujer alada, perfecta, de esas que en cualquier momento pueden levitar y hacerle

señas a la tierra desde alguna constelación. Pero, paradójicamente, la cosa fue al revés: desde la constelación de un absoluto, y a través de un cerebro que pudo pensarme, me deslicé, sin más, hacia un lugar y un tiempo de la tierra.

Ya te amaba, más allá del límite de las páginas y de la blancura virgen, que ibas poseyendo con los caracteres de tu máquina de escribir eléctrica, a la que te sorprendí apostrofando: «escribís más rápidamente que mis pensamientos».

Obsesionado con Beatriz -así me bautizaste- a veces dejabas mi espelunca de papel y tinta para echarte hacia atrás en tu sillón de trabajo. Cerrabas los ojos. Ya podía, observándote, mirar lo que pensabas. Allí estaba yo, mi dependencia, mi belleza que sólo vos veías.

Al amante que me habías atribuido en tu ficción, lo radiaste hacia un círculo de opacidad, hasta que, contrariando tus primeros esquemas, hiciste que muriera al final de la historia. -Al fin solos- creo que murmuraste.

Yo, inmortal, enamorada del dios que me había creado, repetía las acciones asignadas: «Beatriz caminaba con la seguridad de estar fundando el lugar de sus pisadas», «en lugar de vivir simplemente reinaba», «salía de su cuarto, cuyas ventanas daban al otoño».

En mi cuarto -que era exactamente igual a ese tuyo, en el que escribías-, sentí la vida tuya, la de los hombres, estremecer mis fibras irreales, y ocupé un lugar en un espacio que trascendió al libro y a la página. Oleadas de un tiempo sin libertad se me agolparon. No podría escapar ya de mi personaje que vive un romance con su hacedor. Iría y vendría dentro del cuento como en una penumbrosa jaula de obsidiana. Pero vos, hombre, tampoco eras libre puesto que alguien escribió tu propia historia, serías escritor, me crearías, nos amaríamos. Y esas similitudes fueron un puente entre nuestras distintas dimensiones.

En esa entrada a tu cuarto -y yo vestida de humanidad- me observaste con tu largo asombro. Era un estupor antiguo, que esperaba el objeto simplemente.

Y nos amamos. Como sólo se pueden dar dos seres suspendidos en atmósferas diversas. Mis manos eran como las lenguas de fuego que intentan vanamente escapar de la chimenea hacia el recinto que entibian. Tus manos concluían en ondulaciones de niebla sobre la piel impoluta que me inventaste. Yo tuve el privilegio de los humanos y las ventajas de la ficción, también humana. Pero, Dios mío, no lo previste. Sé que no lo previste.

Un día, como todos, te vi, como durmiendo, sobre un brazo, apoyado en la máquina. Estabas muerto y nada pude hacer sino mirar tu rostro detenido.

Hace noventa y dos años que guardo tu nombre con letras rojas, en el libro de cuentos que me encierra.

Tu obra gustó cuando vivías y aún sobrevive a las modas literarias. Yo comparto su fortuna pero consciente de mi soledad y de tu ausencia.

Caerá el último libro de un anaquel, en un incendio apocalíptico. Allí terminaré lejos de vos en el tiempo. No lo previste.

El neutrón (Memorias de un extraterrestre)

Observa bien hijo, ¿ves aquello que fulgura al sol? Es un habitáculo. Por el campo hay uno, de cada muchas de esas formas geométricas que no son otra cosa que tierra trabajada para que produzca lo que los homúnculos después comerán. Comen de todo. Matan animales y plantas. Lo único que no les está permitido es devorarse entre ellos. Matarse y torturarse, sí. Pero no comerse. Quizá hayan averiguado que sus cuerpos no tienen sustancias aprovechables.

¿Ves aquel conjunto de fulguraciones? Es un pueblo constituido por varios habitáculos. Y esto es harto curioso: los homúnculos que necesitan destruirse unos a otros, también necesitan nacer, crecer y morir junto a otros, y a esos ayuntamientos les llaman familia y sociedad. Si no tienen alguien al lado, se les destruye la psiquis. Pueden sobrevivir a lo que llaman guerra, a las enfermedades, a todo, menos a la soledad.

Hay algo que llama la atención. Estos seres, con el extremo de las extremidades superiores realizan actos como escribir, dibujar, esculpir, componer música y a todos estos trabajos manuales les llaman arte. Según ellos hay seres especialmente dotados para describir lo que sienten -a eso le llaman poesía- o contar hechos que en suma son los que a ellos les acaecen -en la vida o en las mentes- y a eso le llaman narrar cuentos o novelas. Copian a la naturaleza en cuadros o formas de distinto material. A veces la copian con exactitud -¡no sé para qué lo harán!-. Otras, la caricaturizan y a eso le ponen diferentes nombres: superrealismo, dadaísmo, etc. Como ves, a los homúnculos les encanta jugar con las palabras. Además le llaman cine a rudimentarias fotografías móviles, y teatro, a personas que en un tablado reproducen hechos también tomados de la vida. En fin, hay una constante de mimesis en estos seres incapaces de crear en el verdadero sentido de la expresión.

No le llaman arte al de curar los males, ni al de levantar un edificio. Son muy extraños. A veces se reúnen en lo que llaman cóctel y emiten constantemente sonidos bucales. Las palabras de que te hablé no son más que símbolos. Bautizan a todas las cosas con nombres arbitrarios porque según dicen los sicólogos, antropólogos, etc., el homúnculo tiene una gran capacidad simbólica. Con esos símbolos sólo consiguieron alejarse de la naturaleza y formaron lo que nombran pomposamente el mundo de la cultura. Por comunicarse con esos símbolos y no por telepatía, como nosotros, los habitantes de un lugar no se entienden con los de otros lugares.

¡Son tan ilusos! Tienen una disciplina que llaman Filosofía con la que tratan de conocer la esencia de sus vidas. Desde hace varios siglos -minutos para nosotros- en que un ciudadano griego llamado Platón comenzó con el juego, quieren saber quiénes o qué son y aún están a fojas cero, porque no se ponen de acuerdo en los resultados y además porque no quieren convencerse de que son de lo que están hechos, agua, albúmina..., sustancias químicas, y créeme, la disciplina más razonable que estudian es la química. Les atrae

porque nacieron de la química y por la química se destruirán. En cuanto a las matemáticas están en pañales, porque, transgredidos ciertos límites, no pueden manejarla abstracción.

El defecto de los homúnculos es que son muy vulnerables y la vida de ellos, muy breve, por lo que jamás podrán abarcar un estudio serio y prolongado acerca del universo.

Aunque te parezca mentira no pueden concebir a Dios sino a su propia medida. Para ellos Dios es un viejito con la anatomía homuncular. ¡Ah! Omití lo Principal. Como son voraces -se alimentan cuatro veces por jornada, más que cualquier bestia- la organización tribal es en base a la economía y todo lo compran y venden. Como ellos mercan todo, hasta el sentimiento, conciben a Dios como un mercader. Tú me das buenas acciones y yo te regalo el Paraíso. No tienen una ética que los ayude a ser verdaderamente buenos puesto que no pueden quitarse de la cabeza la idea fija del trueque.

Lo que te extrañará verdaderamente es ver cómo se cubren el cuerpo; por lo visto se consideran defectuosos. No puedo explicarme por qué llaman con eufemismos algunas partes de su anatomía. Para comer se exhiben. Es horrible ver cómo engullen, cómo todo desaparece en el orificio de sus bocas, pero para expeler los desechos de lo que comen se esconden en cabinas especiales porque según ellos hay buenos y malos olores. El de una flor les agrada y aborrecen el de su propia excreción... ¡Aberraciones culturales! ¿No te parece?

Para unirse con el fin de procrear se encierran con su pareja de la que esperan exclusividad. Se unen de por vida a un hombre y a una mujer por medio de una cantidad de papeles legales que después infringen con el pensamiento o con la acción. Han creado las leyes para transgredirlas y eso es algo lúdico que les produce delectación.

Como necesitan ser dirigidos, han creado la política, que debiera ser una verdadera ciencia, pero que, en general, resulta una nefasta improvisación. Son incapaces de regirse por sí mismos y al mismo tiempo, el que los conduce también es incapaz, de modo que el mundo es un caos y la de los homúnculos una especie en franca decadencia. Dentro de la precariedad de sus quehaceres nada han hecho mejor que los contemporáneos de aquél que te nombré y que se llamaba Platón. No, hijo mío. No fantasees como ellos; ese nombre nada tiene que ver con nuestros vehículos interplanetarios.

Sus hembras todavía paren entre indecibles sufrimientos físicos pero pretenden conquistar el espacio. ¿Y a que no supones qué vi por las calles, los trenes, las plazas? Homúnculos pequeños abandonados. De chicos los castigan, los torturan, los abandonan y de grandes esos chicos se lo pasan en los divanes del analista que trata de curar sus males síquicos, recordándoles -¡cuando por fin lo habían olvidado!- todo lo que sufrieron en la niñez.

Sacan diariamente unas rudimentarias planchas de papel a las que les llaman «diarios» (el nombre ya delata una falta total de imaginación). ¿Y qué crees que hay allí? ¿Noticias de que son perfectibles? ¿De que estudiando a fondo su sistema nervioso y descubriendo los elementos físico-químicos de que nosotros disponemos, llegarán a ser inmortales? No. Enumeran -atiende esto- todos los crímenes que ese día han cometido. O lo que es peor,

noticias de algo que ellos llaman deporte y tiene el nombre específico de fútbol. ¿A qué no se te ocurre en qué bobería consiste? En patear un balón y meterlo dentro de una red.

Nosotros transformamos las sustancias radiactivas en fuentes de vida. Pensamos en una futura ciudad de seres perfectos física y síquicamente. Ya asímos el punto en que tiempo y espacio se reconocen como entidades únicas. Para nosotros no es ciencia ficción ni el túnel ni la máquina del tiempo; superamos la velocidad de la luz de modo que podemos estar en distintos lugares a la vez. Nuestro cerebro ordena y el universo se pliega, y ellos, los homúnculos, patean un balón mientras el resto vocifera en las graderías, cuando no se destruyen mutuamente al terminar el grotesco espectáculo, porque los de su color no metieron el balón en la red. ¡Ni nuestros niños se entretendrían con semejante puerilidad!

¿Qué me dices? ¿Que es interesante lo del balón? ¿Que se parece a un neutrón o a Ganimedes? ¿Qué te gustaría...? ¡Hijo, insensato! ¿Adónde vas? ¡Ven! ¡Ven!

Mea culpa

-¿Cómo se llama este gato?

El profesional, de impecable guardapolvo, con sus ojos de buen clínico me estudió más a mí que al enfermo.

-No tiene nombre -contesté, después de comprobar vacilante que se me había olvidado o no había sido necesario nombrarlo.

-Y usted ¿cómo se llama? -siguió mientras anotaba en una tarjeta.

-Felisa Roncales...

Lo revisó. En sus manos expertas el animal parecía un juguete.

-Creo que no va a poder caminar más porque hay una atrofia por descalcificación, yo diría -lo estaba diciendo- irremediable. Con todo, no deje de darle estos remedios que pueden resultar salvadores.

Me lo llevé a casa. Le tuve que empezar a dar de comer en la boca, como cuando recién nacido lo encontramos en los fondos de la quinta.

En los días siguientes, sus ojos, antes redondos y traviosos, se fueron entristeciendo. Cuando pasaba cerca de su jergón, me miraba como pidiéndome ayuda.

Al día siguiente olvidé llevarlo a que le pusieran la inyección, pese a la advertencia del veterinario. Pero el tiempo me había faltado, con los chicos, la casa, el trabajo. No se me podía pedir tanto...

Otras veces, también me olvidé de administrarle los remedios. Me di cuenta de que había dejado de comer. Su plato quedaba intacto.

En un cónclave tenebroso a la hora del almuerzo mi madre, mi marido, los chicos, decidieron.

-Hay que hacerlo matar.

-Hay casos en que la eutanasia está permitida -ironizó el mayor para no ceder a la emoción.

-Sí, cuando la calidad de vida ya no lo es. Y para este bicho ya no hay esperanzas...

-Está sufriendo demasiado y si no hay remedio...

Cualquiera hubiera dicho que elegí la tarde. Fría. Gris. Como instalada en un témpano, a la deriva, arrastré el peso de la canastilla. No quise mirarlo: temía sus ojos suplicantes y en ese momento pensé en Júpiter, en Jhavé, en los sacrificios. Pero yo no era Júpiter ni Jhavé y no tenía ningún derecho...

-Déjemelo, señora. No sufrirá nada con esta inyección. El aire se impregnó de olor a éter.

-Si usted lo hubiera traído antes. Si le hubiera dado los remedios y las inyecciones con puntualidad...

Y allí se quedó enmedio de la camilla. Me arrojé a la calle sin volver la cabeza para evitar su última mirada. La tarde gris se iba transformando en una noche rica de estrellas. La distancia de la veterinaria hasta mi casa tenía la medida de la culpa.

Cuando llegué, los chicos ya estaban acostados. Le di un beso a cada uno. Los arropé. ¡Las veces que me había olvidado de hacerlo! Miré a mi marido. Tenía que dejarle la ropa para el día siguiente. ¡En cuántas ocasiones descuidé esa tarea! Quizás a Javier, el más pequeño le hubiera gustado que le inventara un cuento. A Guillermo que le revisara los cuadernos, que los acompañara a rezar. Cuánta desmemoria...

-Hasta mañana -dije a las otras que soy, a mi multitud. Y no sé si todavía despierta, o desde mis sueños, oí palabras:

-Asesina... asesina...

Con mi voz más humana me defendí ante el tribunal de las sombras:

-Pero, si era sólo un pobre gato...

Cuando fui joven ya era viejo por dentro

Como lo oyen: reviejo. Un día, cuando estaba afeitándome frente al espejo, la mitad rasurada, la otra mitad enjabonada, mi cara se volvió traslúcida, como de cristal, y adentro

había otra cara que copiaba mis rasgos, pero como si la hubieran agarrado por su cuenta los jibaros y con tales arrugas que cualquier mosca podía quebrarse una pata.

Cerré los ojos, volví a mirar y allí permanecía mi cara juvenil externa y la otra tutancamónica, afeitada también a medias.

De modo que lo tomé con la naturalidad con que el pobre Gregorio Samsa aceptó su condición de insecto, y en adelante lo que hice, sí, fue tapar los espejos para no vernos. Los cubría con toallas o con lo que encontrare.

-Dejan las toallas tiradas -rezongaba mi mujer-. La semana pasada un colectivo me hizo un bollo por tapar el espejo retrovisor del citroën. El pobre, tan frágil, no pudo con la trompa agresiva de un sesenta.

Antes de ayer fue la segunda audición de la telenovela: salía del baño del cine abrochándome la bragueta -Clorinda me la cose para que me cueste mucho laburo sacar y poner, creyendo que así le seré más fiel-. Salía, digo, con la cara de gil que pongo cada vez que me concentro en algo y fue esa cara de gil duplicada, la que vi en el espejo del baño, mientras una voz que no era voz pero expresaba palabras me conminó:

-Tirá esas arrugas por ahí. ¡Ahora! ¡Desañate por adentro!

Entonces, me arranqué una pata de gallo que se me quedó pegada a los dedos como una bolsita de nailon que «¿quiere papel higiénico?» la abarajó deslizándola al inodoro. «¡Eh, eh, que es un pedazo de mi cara!» En adelante no me resultó difícil deshojarme como una margarita. Una arruga se escapó por la ventana y fue planeando como un barrilete sobre la ciudad. Otra, cayó en el plato de sopa y se la tragó mi mujer sin darse cuenta. Otra, se la puso mi jefe en el bolsillo superior del saco a guisa de pañuelo. ¡Para qué menesteres la usaría!

No sé cuándo dejé de mirarme al espejo y me olvidé del geronte que llevaba adentro. Al mismo tiempo noté que mi conducta cambiaba: yo, que había sido siempre un joven serio, sin sentido del humor, retraído y quisquilloso, me convertí en un tipo divertido. Me empezaron a gustar las pibas de quince, pero no como un viejo verde, sino como un romántico adolescente. Me gustaba el rock y andar en moto. No lo hacía, no, pero me gustaba.

-Che, tenés un pibe adentro.

¡Epa! ¿Cómo antes había alojado a un viejo, tendría ahora a un purrete?

¿A ver? Espejito, espejito... Sí, adentro y también jibarizado, había un chiquilín pero ¡maldito sea! todas las arrugas que antes fui arrojando al boleo vinieron a parar a mi cara de afuera y salí malhumorado sin escuchar preguntas.

-Abuelo ¿tenés el balero? Vos ya jugaste demasiado...

Estudio sobre «Último domicilio conocido»

Enrique Anderson Imbert

«Ester de Izaguirre -dije en el prólogo a su sexto poemario: Judas y los demás, 1981- se destaca en el cuadro de la poesía contemporánea por el modo de configurar sus sentimientos. Neorromántica, existencialista -en esto emparentada con otros poetas de la generación del 40- no imitó a nadie. Se sintió vivir, contempló sus vivencias y en un íntimo soliloquio objetivó en forma artística su subjetividad».

Es la subjetividad de una persona extraordinariamente rica, compleja, original. Quienes tienen el privilegio de conocerla admiran la feliz combinación de cualidades. Es hipersensible. Es imaginativa. Es devota. Es inteligente. Es noble. Es graciosa. Es espontánea. Es franca. Es versátil. En fin, es única; y su carácter -raíz de una concepción del mundo también peculiar- se manifiesta tanto en sus poemas como en sus cuentos.

Ahora veremos cómo toda una brillante constelación de emociones e intuiciones se desplaza del verso a la prosa. El desplazamiento discurre por el mismo cielo. Después de todo, la única diferencia entre el verso y la prosa radica en el ritmo: en el verso, unidades rítmicas independientes de la sintaxis; en la prosa, unidades rítmicas articuladas con los miembros del pensamiento sintáctico-racional. Un cuento puede ser tan poético como un buen soneto. Sólo que el cuento pertenece al «género narrativo», no al «género lírico». En el género lírico la poeta Ester de Izaguirre se proyecta en una hablante imaginaria que al hablar a solas consigo misma despliega las formas de su efusividad. En cambio, en el género narrativo, la cuentista Ester de Izaguirre, aunque también se proyecta en una hablante imaginaria, está relatando acontecimientos pretéritos a un lector. Tanto el poema como el cuento son objetivaciones de la visión muy privada de Ester de Izaguirre, pero el cuento, por estar comprometido con una realidad pública -agentes de una acción que ha transcurrido en la naturaleza o en la sociedad- impresiona como si fuera más objetivo. Por lo menos, el cuento anda cargado de objetos: personajes, hechos, cosas, circunstancias geográficas e históricas. El lenguaje del cuento será discursivo, pero el cuento mismo no es un discurso lógico: las intuiciones, como en un poema, crean imágenes, y las imágenes crean la apariencia de sucesos positivos.

Ester de Izaguirre, que es a mi juicio la mejor poeta de su generación, ha declarado que prefiere expresarse más en verso que en prosa; y no faltará crítico que procure probar esa preferencia con dos observaciones. Primera, que sus cuentos son muy cortos, lo cual prueba que quieren ceñirse a la brevedad de los poemas. Segunda, que de los cuentos que publica en la mayoría dicen «yo» (pronombre que se supone característico del género lírico) y sólo en muy pocos dicen «él», «ella», «ellos» o «ello» (pronombres que se suponen característicos del género narrativo). Pero a estas dos observaciones de algún posible crítico podríamos contraponerles dos contra-observaciones. Primera ¿por qué la brevedad de estos cuentos no han de probar más bien el afán de concisión de Ester de Izaguirre? Y segunda contra-observación, la mayor frecuencia del punto de vista del narrador protagonista no prueba nada porque, en el reino de la ficción, el «yo» nunca es autobiográfico. Ciertamente Ester de Izaguirre ha explicado, en una conferencia sobre la génesis de sus cuentos y

poemas, cómo pasó de lo vivido a lo imaginado. Autorizado así por las explicaciones de la misma autora, un crítico que la conozca personalmente podría entresacar de sus cuentos elementos anecdóticos: la infancia en Zárate («El Verdugo»), la vida familiar («Vivir es darse tiempo»), la pérdida de un ave real («Tuna»), la muerte de un gato real («Mea culpa»). Pero aún si la intención de Ester de Izaguirre hubiera sido autorretratarse en algunas de las protagonistas de sus cuentos, no lo habría conseguido. En el salto del plano de la vida al plano de la literatura se hubiera ficcionalizado. La mujer de carne, hueso y alma que es Ester de Izaguirre, al escribir un cuento, inventa a un narrador que, aún si se llamara Ester de Izaguirre, sería un personaje ficticio. La escritora real ha delegado en una narradora irreal la responsabilidad de narrar. Son inconfundibles. El uso del pronombre en primera persona no indica que el cuento sea una confesión. Tanto es así, que en los cuentos de Ester de Izaguirre a veces ese «yo» es de un varón («El Verdugo»). «El buen negocio», «La certeza», «Último domicilio conocido», de un dios («Yo fabulador, el verbo en presente») o de un perro («El gusto de la lluvia»). Y el crítico ingenuo que confunde a la narradora con la escritora se vería en apuros si se le preguntara dónde está Ester de Izaguirre en esos cuentos -«Holocausto», «Entre dos hormigas negras», «El verdugo»- que comienzan con la primera persona y terminan con la tercera.

Quedamos, pues, en que la escritora real, Ester de Izaguirre, reaccionando a los estímulos que recibe de su ambiente, siente, imagina, piensa, habla y de pronto concibe un cuento. Para componerlo, su yo personal se divide. Ahora tenemos un segundo yo. Este «doble» -el narrador ficticio- transforma la realidad en símbolos. Hombres, cosas, hechos, situaciones, lugares, épocas que no son verbales pasan a ser pura verba. Con artificios lingüísticos la realidad queda representada en el texto. El cuento no se relaciona con una realidad extra-literaria. Es una creación artística autosuficiente que agota su significación en sí misma. Su valor no depende de la existencia o inexistencia de los asuntos que narra. No tiene sentido, pues, establecer una diferencia entre cuentos realistas y cuentos no realistas. El conocimiento que opera en los cuentos es intuitivo y estético, no lógico y práctico; por tanto, no se propone discriminar lo real de lo irreal, y lo verdadero de lo falso.

Claro está que si un crítico estudia la literatura con los mismos supuestos lógicos y las mismas generalizaciones empíricas que valen para nuestro conocimiento del mundo real en que vivimos prácticamente, podría clasificar los cuentos de Ester de Izaguirre según que sus acontecimientos sean probables, improbables, posibles o imposibles. Obtendría de este modo una clasificación cuatripartita:

1) Cuento realista, con sucesos ordinarios, verosímiles, probables que reproducen la vida cotidiana tal como es. «Tuna», «Mea culpa». «Una sola voz, nada más».

2) Cuento lúdico, con sucesos extraordinarios, sorprendentes, improbables: el narrador se especializa en excepciones, coincidencias, excentricidades y efectos insólitos. «Puntos de vista», «La mosca», «El hermano» (¿también «Vivir es darse tiempo» y «Holocausto»?).

3) Cuento misterioso, con sucesos extraños, inciertos pero posibles; lo que ocurre está envuelto en una atmósfera de locura o de poesía que nos produce la ilusión de irrealidad. «Lo que nos comprenden». «El cuadro» «Entre dos hormigas negras». «Último domicilio conocido» (¿también «Vivir es darse tiempo»?).

4) Cuento fantástico, con sucesos sobrenaturales, absurdos, imposibles. El orden del universo queda alterado por la irrupción de un inexplicable factor mágico: «La certeza», «El dios completo», «Tiempos impares», «Yo fabulador, el verbo en presente» (¿también «El verdugo» y «El gusto de la lluvia?»).

Esta clasificación que se basa en un criterio epistemológico, no estético, por inquirir qué es la verdad y no qué es la belleza, no le sirve a la crítica literaria. Dictamina si la realidad virtual que está dentro de un cuento corresponde o no a una realidad verificable fuera del cuento. O sea, que compara lo incomparable: una ficción lingüística con cosas a-lingüísticas. El crítico que usa esa clasificación afirma un modo científico de conocer y en cambio niega el modo poético de conocer. No se plantea (como supo hacer Ockham) el problema de la «doble verdad»: *secundum rationem* y *secundum fidem*. Para él, crítico racionalista, un ángel, un milagro, un fantasma son imposibles y por tanto el cuento que los contiene es fantástico. Pero el narrador que tiene fe en lo sobrenatural puede opinar ¿quién se lo va a prohibir? que los prodigios que ocurren en su cuento son posibles.

Consideremos, por ejemplo, un cuento de Ester de Izaguirre, «El verdugo», que en la clasificación antedicha está incluido en la literatura fantástica. Sin embargo, informa sobre experiencias que, según ciertas creencias religiosas y ciertos estudios parapsicológicos, son reales. En «El verdugo», la experiencia del «pensamiento que durante la noche viaja a cualquier lugar del espacio», un desdoblamiento de la personalidad: «¿Quién era realmente yo? ¿La que desde un sitio cualquiera recordaba en el presente, o la que regresaba al pretérito como si mi pensamiento fuese una energía capaz de deambular sin mí por cualquier parte?» El autor de este estudio descrea de las facultades llamadas «Psi-Gamma» y «Psi-Kappa» y desconfía de toda proposición irracional y metaempírica pero no niega que cuentistas inspirados por la ilusión de sueños premonitorios, adivinaciones, transfiguraciones, supersticiones, telepatías, tiptologías, telekinesias, hiperestusias, fantasmogénesis, manías, metempsicosis y espiritismos sean capaces de imaginar cuentos convincentes. C. G. Jung, en sus tesis *Synchronizität als ein Prinzip akausaler Zusammenhänge*, 1952 (Sincronicidad como un no-causal principio conjuntivo) defiende, alegando experiencias propias, la veracidad de casos similares al que Ester de Izaguirre refiere en el cuento que mencionamos más atrás y resumiremos más adelante. Por ejemplo, Jung dice que una vez estaba discutiendo sobre parapsicología con Freud y se enojó tanto que, a distancia, hizo estallar una fuerte detonación en un estante de libros de psicoanálisis. En otra ocasión una paciente le estaba contando que había soñado que alguien le regalaba un escarabajo de oro y justo en ese instante Jung sintió un ruido en la ventana, la abrió y ¡oia! entró un escarabajo. Jung, siempre oscuro, bautizó a estas «exteriorizaciones psíquicas» con el término «sincronicidad», que significa «una ocurrencia simultánea de dos acontecimientos relacionados significativamente aunque no causalmente» o «una coincidencia en el tiempo de dos o más acontecimientos no relacionados entre sí que tienen un significado idéntico o semejante, coincidencia equivalente a la causalidad como principio explicativo». La «sincronicidad» surgiría, según Jung, de «arquetipos asentados en el inconsciente colectivo». Los arquetipos inconscientes invadirían la conciencia con fuertes emociones que, salteándose el tiempo y el espacio, facilitarían la ocurrencia de acontecimientos sincrónicos, inenarrables como no sea con vagos símbolos.

El crítico que con rigurosa lógica interpretara las anormalidades parasicológicas como meras coincidencias, explicables por un elemental cálculo de probabilidades, podría sentirse tentado a calificar como «fantástico» el cuento «El verdugo» pero si Ester de Izaguirre, por el contrario, acepta como posible que una persona pueda proyectar en el tiempo imágenes reales de sí misma o recibir golpes de objetos reales muy lejanos en el espacio, se rehusará a calificarlos de fantásticos.

Y ya es hora de que resumamos los cuentos de Ester de Izaguirre, comenzando con el aludido. En «El verdugo» el narrador-protagonista anota en un diario íntimo recuerdos de infancia. En su casa, en una remota ciudad, había un árbol, símbolo de toda esa infancia. Y ha soñado que los actuales inquilinos de la que fue su casa se preparan para talar ese árbol. En una segunda parte un narrador omnisciente termina el relato: derriban, en efecto, y al hacerlo se oye que un cuerpo trepado en las ramas también cae. Simultáneamente, la madre del que escribía el diario íntimo entra en su habitación y lo encuentra dormido, con señales en la cara de haberse caído y lesionado. ¿Coincidencia entre la caída de un árbol y el hematoma que aparece en la cara del dormido? ¿O dentro de un sueño un árbol soñado actúa físicamente sobre el soñador que lo sueña en el instante en que el árbol real cae en una ciudad muy lejana? ¿O es que...?

Las acciones de los cuentos de Ester de Izaguirre son simples pero están bien entretnejidos en una trama con principio, medio y fin. Generalmente, el desenlace es sorpresivo. Sorpresa. En «Puntos de vista» la situación queda súbitamente invertida: el personaje activo se convierte en pasivo. La narradora-protagonista, en un ómnibus, procura consolar a un presunto perturbado mental que está sentado a su lado. Luego averigua que éste, lejos de ser loco, era un siquiatra que la había estado tratando como a un caso patológico. Sorpresa. En «Entre dos hormigas negras» hay un inopinado desplazamiento de perspectivas. Comienza con el punto de vista de un narrador-protagonista: Marcelo, dotado de una aguda percepción visual, tan aguda que es capaz de distinguir en dos hormiguitas matices diferentes del «color negro», dona sus ojos para que después de su muerte sean usados por otro hombre. El cuento termina con el punto de vista de un narrador omnisciente: como consecuencia del trasplante de ojos, del cadáver de Marcelo al cuerpo de un pastor protestante, éste es capaz de distinguir, entre dos negros africanos, «la misma diferencia esencial entre dos hormigas negras». Sorpresa. En «Una sola voz, nada más», una mujer, acostada en la cama, espera un llamado telefónico que le diga «te amo». Por fin suena el teléfono. Quien la llama es un cliente desconocido que la cita en una esquina de la ciudad: la romántica mujer resulta ser una prostituta. Sorpresa. En «El hermano», Claudio oye que su hermano Jacinto le anuncia que dejará el duro trabajo en el campo para buscar mejor fortuna en la ciudad. Jacinto se va. Pasa el tiempo. Claudio recibe cartas optimistas hasta que un día regresa, no el hermano, sino un amigo, quien le informa que Jacinto, antes de morir, le encomendó que escribiese cartas optimistas en su nombre y sólo después de mucho tiempo comunicara en persona la fatal noticia. Sorpresa. En «La certeza» el narrador cuenta en primera persona que está manejando el automóvil a toda velocidad. Un tren lo atropella. El narrador continúa su viaje a pie. La mujer y los hijos corren hacia el lugar del accidente y pasan a su lado sin verlo. Él los sigue y de improviso descubre su propio cadáver. Sorpresa. En «Holocausto» un aviador reflexiona sobre su misión: bombardear un villorrio. Tiene escrúpulos de conciencia. Los resuelve arrojándose del avión con la

esperanza de que los hombres, impresionados, se hagan pacifistas. Suicidio inútil, pues su cuerpo cae en el desierto y nadie se enterará de su trágico mensaje.

Otros cuentos asombran, más que por el desenlace, por el tema. Por ejemplo, el tema pirandelliano de las relaciones entre el personaje y su autor. «No, nada de Pirandello», exclama irónicamente el personaje femenino de «Tiempos impares» al dirigirse al cuentista que la ha creado. Le declara su amor: «No podría escapar ya de mi fatum de personaje que vive un romance con su hacedor». El cuentista muere. Cien años después su libro de cuentos todavía es leído. Condenada a sobrevivir dentro del libro, la protagonista sigue enamorada de su autor. Variante del mismo tema es «Yo fabulador, el verbo en presente». El narrador -«el dios escriba»- cuenta la vida de uno de sus personajes: un tal Francisco Sierra, enamorado de una tal Esperanza Ramírez. Amor frustrado porque tienen que vivir en países diferentes. Francisco piensa en su destino, en las otras posibilidades de vida que pudo haber tenido y al fin se suicida. El «dios escriba» que desde su eternidad escribe cuentos sobre hombres que sólo duran en un tiempo sucesivo reflexiona en que quizá él, a su vez, sea personaje de otro cuento (¿de este que acabamos de leer?).

Otro tema ingeniosamente tratado por Ester de Izaguirre es el del «doble», presente en algunos de los cuentos que ya comentamos, sobre todo en «Último domicilio conocido» el narrador, ciudadano de Buenos Aires, se topa en París con un alter ego. Frente a él experimenta la extraña impresión de estar viéndolo por adentro y, al mismo tiempo, de verse a sí mismo también por adentro. Ha ganado en profundidad, pero cuando el otro desaparece, el narrador deja de comprenderse y vuelve a ser superficial. Por eso, al regresar a Buenos Aires, le advierte a una amiga que el amor que se hagan será de piel a piel: habiendo perdido a su «doble», ya es incapaz de «ir más allá». En «Vivir es darse tiempo» la narradora protagonista acaba de mudarse de casa. Se entera de que allí se ha suicidado una mujer muy parecida a ella, también escritora y, como ella, desesperada por la esterilidad literaria. Decide trazar la biografía de la suicida. Crea y se salva. Es como si la otra, desde atrás, la hubiera rescatado del suicidio.

Algunos cuentos, sea por el modo de caracterizar a los personajes, sea por las reflexiones sobre la conducta humana, son psicológicos. Cuento conmovedores «Ellos», sobre las nostalgias y amnesias de una anciana. «Tuna» -título del cuento- es el nombre de una cotorra que ha caído en una casa de familia: le falta un dedo de la patita izquierda. La familia acoge a la cotorra con cariño. Una noche, la cotorra se escapa. «¡Tuna!», y se la lleva a la casa. Pero a la patita izquierda no le falta ningún dedo. No importa. La segunda cotorra sustituirá a la primera. Total, en reencuentros como este el amor es ciego. En «La mosca» no hay análisis psicológicos, pero vemos directamente la corriente de sentimientos de una adolescente, a quien Pilar, su hermana mayor, inicia en el lesbianismo, y después se casa. La adolescente se venga entregándose al cuñado. Desde entonces vive atormentada hasta que con un cortapapel se suicida. En «Mea culpa» una mujer recurre a un veterinario para que cure al gato enfermo que recogió de la calle. La mujer está tan agobiada de trabajo -obligaciones con los hijos, con el marido- que desatiende al gato. Lo lleva al veterinario, esta vez para que con una inyección lo despene. Al llegar a su casa se recrimina por posibles olvidos para los suyos: para sus hijos, para su marido. Se siente culpable por todo lo que les negó, como al gato, y aludiendo no sólo al gato sino a todo lo que desatendió, para sobreponerse a su sentido de culpa se dice: «Pero si era sólo un pobre gato...». En «El

buen negocio» un viajante de comercio, solterón, mediocre, quiere salir de la rutina. Hace un pacto (¿como el de Fausto con el Diablo?). Conoce a una mujer. Después de un mes de amor se separan. Ahora han pasado treinta años. La vida lo ha cargado de arrugas pero tuvo sus treinta días de intenso amor. Y el cuento concluye con esta reflexión: «La vida es una puntual cobradora. No importa -me digo-, yo también hice con ella un buen negocio». En «El cuadro» la narradora-protagonista cuenta el amor que sintió, a los once o doce años, por el Delfín de Francia, enmarcado en un cuadro. Entre la niña y la figura del Delfín hay una extraña comunicación. La madre, al advertirlo, destruye el cuadro. La niña se enferma. Años más tarde, ahora es una mujer adulta, viaja a Europa y en un museo descubre el retrato original. Recibe otra vez la mirada del Delfín y así reencuentra sus «horas vividas sin vivir».

En los cuentos de Ester de Izaguirre abundan los rasgos impresionistas; es decir, la narradora presenta el mundo, no tal como es, sino tal como lo percibe («una ráfaga helada, interior, me abofeteó el rostro»; «la fotografía y el cine sólo tartamudeaban imágenes muertas»; «su paso torpe, como si una pierna fuera castigando a la otra», etc.). Más frecuentes son los rasgos expresionistas; es decir, la narradora elabora inteligentemente ciertas impresiones sensoriales, las aclara en metáforas, continúa las metáforas en diminutas alegorías, y acaba por presentar el mundo, no tal como es, tampoco tal, como lo percibe, sino desfigurado por la violencia con que lo vive y lo imagina y lo piensa y lo quiere cambiar. El desarrollo de la metáfora moño-mariposa da el cuento «Los que no comprenden». Un loco ve en el moño de una niña la forma de una mariposa: cuando la niña, asustada, huye, le persigue, no a la niña, sino a su moño-mariposa. La sensación del sabor salado de una lágrima da el cuento «el gusto de la lluvia». Un perro cuenta un drama humano que no comprende bien. Echado debajo de un banco de la plaza, oye conversaciones de una pareja sentada arriba. El hombre abandona a una mujer para irse con otra más joven; la mujer abandonada llora; una lágrima cae sobre el perro, quien la lame y creyendo que es una gota de lluvia se asombra de su sabor salado: «Deduje que este otoño va a ser muy diferente. Ya está cambiando hasta el gusto de la lluvia». También es expresionista el cuento «El dios completo», donde una idea usa las impresiones como materiales para construir una especie de parábola. En un lugar que no figura en los mapas vive una colonia de longevos. Nadie ha muerto allí todavía. Adoran a un dios fenicio que vende favores a cambio de monedas, joyas y piedras preciosas. Encarnación, una santa mujer, sufre tanto por las desdichas ajenas que ofrece al dios mercader un convenio: si él hace que los enfermos no mueran, ella dejará de hablar, de comer, de beber. Convencido. Pero con tantos sacrificios Encarnación muere. Es la primera y única muerta en esa colonia de longevos. Muere sin saber que el dios mercader ha conseguido lo que deseaba -ahora será un dios completo- pues para adquirir más poder debía fundar su reino sobre el sacrificio de la mejor de sus criaturas. La visión de la vida de Ester de Izaguirre incluye la fe y el escepticismo, la compasión por la triste condición humana y la alegría de vivir, la seriedad y el humorismo. A veces sus ocurrencias cambian de estilo pero sin perder su originalidad. Por ejemplo, uno de los cuentos más profundos es «El castigo»; profundo por la inmersión existencial, psicológica y aún metafísica, en la personalidad de un necrófilo que emprende un viaje imaginario a la muerte, viaje sin retorno. Y en el mismo nivel de profundidad, pero contado en la superficie de una lengua chocarrera, vulgar, lunfarda es «Cuando fui joven, ya era viejo por dentro».

Estos resúmenes -radiografías de esqueletos- no hacen justicia a la vivacidad con que los cuentos contonean sus bellos cuerpos. Los méritos de Ester de Izaguirre residen, más que en sus esquemas argumentales, en la prosa poética pero sin preciosismos con que nos comunica observaciones sobre sentimientos personalmente vividos.

Selección de cuentos de Yo soy el tiempo

Primer Premio de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires (1970)

Prólogo
María Granata

Hay en estas narraciones la angustia que proponen el ser y el tiempo, su siempre inexacta conjunción.

La anécdota transparenta en cada caso un fondo metafísico gracias al cual la realidad pierde sus límites convencionales y se expande bellamente hasta ocupar un área que podríamos llamar irrealidad pero que por cierto es sólo la aureola del acaecer humano. Ester de Izaguirre, que es poeta, sabe asir los soplos, cosa muy difícil; sabe rescatar imágenes intactas como quien levantara del suelo una visión caída hace tiempo y la hiciera volar, como debe hacerse con los recuerdos, con las figuras suspendidas en la memoria, para que no queden estancados. Recordar es transfigurar, y es también descubrir; es, de algún modo, crear una marea. Y esto es lo que hace la autora de «Yo soy el tiempo».

Se advierte en cada una de estas páginas una tumultuosa mansedad. El conjunto de elementos trágicos, de cargas obsesivas, de desentrañamientos del ser, alcanza sin excepción la extendida serenidad que da la lucidez. El sacudimiento está contenido, salvaguardado por la atmósfera apacible que lo envuelve. Porque Ester de Izaguirre ha sabido dar forma y espesor a una atmósfera dulce, con ráfagas de aromas silvestres y en la que aparecen con frecuencia las fulguraciones del encantamiento. Pero como la tarea no ha sido encomendada sólo a la imaginación, este encantamiento proviene principalmente de la capacidad de transferir la intimidad, más aún, la subjetividad, con el movimiento natural de algo que fluye. Como si el yo no saliera de sí mismo abruptamente sino que se derramara.

Tal condición es definitoria de este libro; hasta tal punto que personajes y hechos irreales no pertenecen al ámbito de la ficción; son maneras de ser de un yo profundo y participan de la naturalidad, precisamente porque sus raíces están fijadas en vivencias y no en trabajosos suelos intelectuales. Ester de Izaguirre no plantea enigmas, no traza el contorno volátil de las teorías; simplemente narra, se confiesa. De ahí que el lector oiga también su voz, un acento trémulo que se incorpora al estremecimiento que provoca cada uno de los cuentos aquí reunidos.

Toda confesión supone una hermosa humildad. También esto se advierte a lo largo de estas narraciones, ricas en matices, en trasfondos, en repentinos resplandores. Una humildad que es sabiduría y sustancia de amor y que de pronto sabe dar a lo trascendente la

formulación de lo cotidiano, despojándolo de su peso. Poder éste de un espíritu esencialmente poético, válido de un lenguaje revelador en el que la metáfora pasa como un pájaro en vuelo -que es la manera de quedar- y en el que el contenido conceptual pierde las formas otorgadas por el razonamiento y se convierte en un temblor que quizá dura más tiempo que los demás.

Ester de Izaguirre dice pero fundamentalmente sugiere; expone y propone. Su mundo es complejo y no oscuro, ya que la suya es una magia diáfana. La tortura pierde aquí su exasperación pero guarda la acumulación de estados que llevan a ella, desde una subjetividad que recibe el misterio y desde una objetividad que lo acepta.

Puntos de vista

Allí, en Plaza Miserere, urgida por la espesa llovizna que daba imprecisión a la hora de la tarde, ascendí al ómnibus que me conduciría al centro. Mientras el guarda me entregaba el boleto llamó mi atención la risa afectada de aquel joven, que, sentado en uno de los asientos transversales, parecía compartir su diversión con alguien, ¿con quién? No hallé otro lugar desocupado y me senté, no sin aprensión, junto al risueño pasajero. Él continuaba riendo con una risa que por momentos se acoplaba a un chistido opaco en un intento de querer ahogarla con la mano. La recta de su mirada se quebraba en la ventanilla del frente, pero era tal la sensación de correspondencia que concebí el absurdo de un invisible interlocutor. No había lugar a dudas, se trataba de un enfermo mental.

Parecía muy joven y estaba bien vestido. Descansaba sobre sus rodillas una tela pintada. Pude observarla porque, con pueril disimulo, realmente interesado en mostrármela, la tenía inclinada hacia mí. En ella, bajo un cielo gris y rosa avanzaba una larga caravana de hombres y lanzas; al fondo, inclinado bajo el peso de la cruz iba el Nazareno, y su manto era el único matiz púrpura; lejos y arriba, el Gólgota punzado por las cruces de los dos ladrones.

Busqué una palabra que pudiera confortarlo y además, confieso, sentí curiosidad por saber qué pensaba y probar su capacidad de coherencia. Pena y expectación me impulsaron y resbaló al fin la difícil pregunta referida a su cuadro:

-¿Lo pintó usted?

-Sí.

-¿Lo copió de otro cuadro?

-No; de la historia.

Sonreí de manera idiota. Estábamos a la recíproca.

-¿Ya expuso en alguna parte?

-Se equivoca -dijo-, no pinto para exponer ni para que usted me diga que esto es extraordinario; por ahora lo dejaré como está, sin marco.

-Ese cielo es toda una lección de sabiduría -añadí- y ha mostrado con él un aspecto inédito, no ya de la realidad, como todos los artistas, sino de lo trascendente.

-¿Trascendente? ¿Y qué cree que es el cielo? -me demandó.

-La antítesis -aventuré vacilante- de todo esto; la serenidad, la plenitud...

-No me venga con Platón ni con Plotino. Estoy harto de arquetipos y... ¿quién me asegura que allá dejaré de sentir?

-¿Y qué quiere usted dejar de sentir?

-Todo. Como Job maldigo la hora en que nací. Vivo saciado de mediocridad. Colman mis ojos, mi olfato, mis oídos. Nada me enseñaron sino a desear la muerte y a temerla. Yo no soy Prometeo, yo no puedo ignorar el miedo. Únicamente ése no sufre -dijo señalando a un niño en brazos de su madre- pero ya verá cuando empiece a ejercitar eso que los filósofos llaman «razón» y escriben con mayúscula.

-Malos vientos, ya pasarán -respondí contagiada de su angustia, pero me repuse y hablé un largo rato; le dije que como la borrasca anticipa una atmósfera fresca y limpia, así su crisis era un eslabón de esa larga cadena de evoluciones que es el ser humano. Que luchara por algo grande y noble. Que se acercara a ese Dios que su genio intuía. Y le hablé del cielo, no del que nuestros ojos ven y donde se pierde entre vértigos nuestro cerebro, sino del otro, que siendo parecido en infinitud, puede caber en la ceñida capacidad del pecho. El milagro y la realidad, el paraíso y la tierra se me volcaron por los labios como la ambrosía de un cáliz colmado.

-Usted lo tendrá todo -concluí levantándome con los ojos húmedos- porque ha logrado con trazos y colores lo que yo jamás he conseguido con mis oraciones -y señalé con gesto cansado el cuadro ya definitivamente caído en el asiento.

Y mientras mi cuerpo oscilaba entre sobretodos y tapados, luchando como un cestiario por llegar a la puerta trasera del ómnibus, agregó en voz alta, pausada y segura, importándole un ardite la opinión de los que lo escuchaban:

-Adiós señora, hasta que nos veamos en el cielo.

Sonreí mientras todo el pasaje me miraba con ojos interrogantes.

Apresuradamente salvé la distancia que me separaba del local donde la conferencia ya había comenzado.

A los dos días me sorprendió un artículo del más importante matutino: «El joven y talentoso siquiatra, satisfecho con las experiencias obtenidas en su contacto directo con

gente de la ciudad, realizadas con el fin de completar una estadística de salud mental, destacó el caso de una mujer que en un ómnibus, presa de patológico misticismo, dio una respuesta inusitada a su test «Gólgota».

Dejé caer el diario, anonadada. Una ráfaga fría me abofeteó. Cerré maquinalmente la ventana, porque me pareció que por ella entraba el aire pernicioso que escapa por los resquicios de los templos abandonados.

El cuadro

Recuerdo que a la entrada de mi cuarto de entonces, y a la derecha, estaba el viejo ropero y más allá la cama de bronce que heredé de mi bisabuela. Yo era la única administradora de ese mundo allá por mis once, doce... (¿Cuántos años tendría entonces?). Hay épocas en que la vida no parece una escalera en la que cada año es un escalón, sino un tobogán en el que la velocidad del descenso embota la conciencia del tiempo.

Y mi tobogán comenzó cuando a mi tía Eudora se le ocurrió colgar en una de las paredes, el cuadro con el rostro de aquel niño-hombre, aquel Delfín de Francia, que fue durante muchos meses mi primera visión de la mañana y la última, antes de que las sombras pasaran su esfumino por el aire. Estaba en el lugar menos visible desde la puerta. Con su modesto marco de madera lustrada, parecía más una fotografía que la reproducción de un retrato, por la fidelidad con que reflejaba los rasgos: el mentón prematuramente enérgico, los labios finos en los que una sonrisa se insinuaba y la mirada que parecía regresar de la historia, a ese ámbito de un oscuro hogar americano. Yo tenía la certeza de que observaba cada detalle con la seguridad del que ha logrado, después de una búsqueda denodada de siglos, hallar el eslabón que une las circunstancias parecidas en la vida de la gente, de las ciudades y de las cosas.

Mientras lo miraba él parecía, a su vez, observarme a mí.

Aunque al contemplar los rostros pintados tenemos la certeza de que esa mirada no se dirige a nosotros, la limpidez cobalto de los ojos del Delfín, se proyectaba en los míos con tristeza.

Luego el colegio, los juegos con amigas me distrajeran y llegué a olvidarme por unas semanas del pequeño príncipe.

Un día, durante la cálida siesta provinciana, y mientras estaba en el comedor haciendo mis deberes, me dirigí, movida por un impulso, a mi habitación, donde, mientras paseaba la mirada por las paredes, me pregunté qué había ido a hacer a ese lugar.

Tenía la incómoda impresión de haberme olvidado de algo importante. De pronto, al ver los ojos del Delfín en la semipenumbra del cuarto, tuve la certeza de que había ido allí a mirar el cuadro.

A esa edad, no nos preocupan ciertas actitudes. Nada parece anormal en esa época de la vida en que la fantasía y la realidad tienen una lógica común, en que la magia es el rumbo

no vergonzante de la existencia, de manera que entré de lleno a ese mundo vedado a la familia. Ya tenía un amigo. No podía hablarle pero mis pensamientos le comunicaban mis pequeños fracasos, mi incomunicación con mis padres, mi timidez y mis temores. Todo. Nada quedaba en el tintero de mi imaginación. Y durante ese diálogo callado -porque sin duda algo recíproco nos unía- me arrodillaba frente al cuadro, me cruzaba de brazos, inclinaba la cabeza hasta apoyar la barbilla en el pecho y cerraba los ojos para que nada me distrajera de mi perfecta comunión con el misterio.

En esa actitud orante me sorprendió un día mi madre. No me dijo nada, pero desde entonces me observó con preocupación. Sé lo que seguramente pensaría: «Mi hija está pasando por la edad difícil y es indudable que algo no marcha en ese cerebro. Se la ha tomado con ese monigote del cuadro que mi hermana ha traído vaya a saber de qué anticuario».

Después deduje que había pensado así, porque una tarde al llegar del colegio, arrojé mis útiles sobre una silla y corrí a mi cuarto. Con los ojos brillantes y casi con desesperación oí a la indiferencia de mi madre traducirse en palabras:

-Le di un golpe con el plumero y se cayó. Como se rompió el vidrio, quemé el grabado.

El «por qué, por qué asesinos» vibró seguramente en los oídos de todos durante el largo mes que duró mi convalecencia. Inmóvil, hipnotizada por el trozo de pared donde la nada se manifestaba por una mancha de humedad, empecé a mejorar el día en que a la pregunta invariable del médico: «¿Qué te duele?, ¿qué sentís?». «Nada, doctor, no me duele nada».

Poco a poco recobré la alegría y el color, y la extraña experiencia quedó relegada, entre las oscilaciones psicológicas de mi difícil adolescencia.

Después de algunos años me casé y nos fuimos a vivir a Buenos Aires. La vida transcurría entre viajes, deportes y lecturas, no compartidos con mi marido, quien se dedicaba a administrar una pequeña quinta y a añorar los hijos que no pude darle.

Con ansiedad casi febril reinicié mis interrumpidos estudios humanísticos y al concluirlos obtuve una beca para estudiar en la Universidad de Madrid. Eso me brindó la ansiada oportunidad de conocer Europa.

Al terminar mis tareas en España, me radiqué durante dos meses en Italia, donde realizaba excursiones a los lugares menos visitados por los turistas, a las más apartadas villas. Llegué a uno de esos castillejos que hay en los alrededores de Roma convertidos en museos. Me impresionó la solemnidad de la fachada más propia de un templo que de una pinacoteca. Ya de recorrida, al pasar de uno a otro de sus dilatados recintos, a través de un penumbroso pasillo, sentí el contacto de una mano en mi hombro izquierdo.

Volví la cabeza creyendo que sería alguno de los pocos visitantes que andaban por allí, pero no vi a nadie a mi lado. Apenas el último resplandor de la tarde, que a través de los cristales de un ventanal, dejaba su toque irisado sobre un cuadro. No pude sino mirarlo intensamente, sin asombro, como a un viajero largamente esperado, porque allí, como

antes, hierático y perfecto, el rostro del Delfín de Francia me devolvía en su mirada el tiempo perdido. Las horas vividas sin vivir desde mi infancia. Eso que todos los hombres buscan y a veces no encuentran nunca.

Los que no comprenden

I

A la vida del pequeño pueblo le habría faltado sentido sin el loco cazador de mariposas. Era ya una institución.

-¿Y qué hay para ver en este pueblo, fuera del arroyo y del cementerio indígena?

-En esta época no sé, pero cuando llegue el calorcito va a conocer a Eulalio Fuentes que saldrá a cazar por el «Puente de Fierro».

-¿Caza de pelo?

-¿De pelo? Por estos lugares no hay más que zorrinos. Fuentes sale a cazar mariposas.

Y así es. En el cálido diciembre, durante las siestas en que el sol se vuelve implacable - porque salvo algunos talas no hay en las calles ni una sombra para guarecerse- se lo reconoce desde lejos con su paso torpe, como si una pierna fuera castigando a la otra, con sus ojos verdes como charco, mirando sin ver el camino ceniciento.

Se encamina derecho hacia el barrio obrero más allá del cual se anuncian las primeras lomadas, y luego, por una angosta vereda de tierra llega hasta donde el camino se bifurca. Allí comienza su diario ritual. La caza con esas manos sarmentosas, fatigadas en el ejercicio de atrapar huidizas sombras. Las apresa delicadamente y las coloca dentro de una caja cuya tapa levanta con precaución cada vez que un nuevo ejemplar aumenta su tesoro.

Luego, al mismo paso, enrojecido por el sol vertical, regresa con su cosecha de libertad. Sobre el cielo del crepúsculo se recorta su silueta inverosímil y las huellas del regreso, ya atardecido, se entrecruzan con las torvas miradas de los que no comprenden la locura: el arriero en el mostrador del Hotel Luján, que aprieta el vaso de ginebra como si se le fuera a escapar. La empleada de «La flor del norte» que todos los días hace el mismo recorrido, se acuesta a la misma hora y quizás tenga siempre los mismos sueños. El mecánico de la única estación de servicio, que succiona la bombilla del mate inacabable. Don Pedro Ponce de León, recostado en el viejo tronco de paraíso -según dicen creció torcido de soportar el peso del hombre que vio desenvolverse la vida del pueblo desde su atalaya vegetal-.

Y ante los ojos del vecindario, trabajador, pulcro, y normal, pasa Eulalio Fuentes con una sonrisa de niño que le baila en los ojos y en los labios como una mariposa más. Abre con cautela la puerta de su único cuarto y se desliza adelgazándose, para no forzar la abertura, hacia el interior conjetural.

II

Mariposas sobre la cama, sobre los armarios, sobre las paredes, revolotean alrededor de la luz cubierta con un fino tejido para evitar que se quemem. Junto a los cuadros -uno con la imagen de una matrona, descolorido por los años pero no tan borroso como para no denunciar su parecido con Eulalio Fuentes; otro, el de dos chicos enfundados en los clásicos trajecitos de marinero a la moda antigua de los días domingo-, en medio de aquella enorme jaula de mariposas, nuestro personaje se mueve con naturalidad, mientras ellas se le posan en los hombros, en las manos, en la rubia cabeza despeinada. De vez en cuando su mirada sigue el vuelo de alguna, distraído, lejanísimo, como buscando en las alas un rumbo cierto para su incierto destino. Otras veces ofrece las manos a las caricias de sus aleteos y como si retuviera en sus dedos la calidez de un milagro, sonrío mientras las acerca a su rostro. A veces, después de contemplarlas largo rato, se entristece hasta apoyar su cabeza sobre el brazo y en actitud de sueño, de entrega, llora hasta quedarse dormido.

A nadie hace daño con su extraña locura. Hasta los chicos lo dejan pasar sin temerle, sin mofarse de él como si esa insania fuese digna del instintivo respeto de todos los cuerdos del pueblo.

Un día cae como un guijarro en un lago apacible la noticia inesperada. Cuando la hija de los Ponce sale a hacer los mandados hasta la cuadra de la feria, Eulalio la sigue un trecho en silencio. Al comienzo, la niña no repara en su cercanía, pero cuando se acorta la distancia entre ellos observa que el loco acelera el paso para acercársele. Entonces echa a correr temerosa y Eulalio la sigue, también corriendo, sin lograr alcanzarla.

Fatigada transpone el umbral de su casa y cuenta a sus padres lo ocurrido. No es posible. Apenas pueden creerlo. Si la locura se torna peligrosa habrá que dar cuenta a las autoridades y tomar las medidas para recluirlo en Torres o en Open Door. Al día siguiente la enviarán a la feria y el padre y un policía la seguirán a prudente distancia. Es preciso comprobar.

Se dispone todo con cuidado para que Eulalio Fuentes no caiga en la cuenta de la celada que se le tiende.

Al día siguiente, se recorta como siempre su silueta sobre el crepúsculo, lo ven acercarse al tiempo que la niña se aventura a la prueba, con paso indeciso.

Verla y apresurarse es todo uno. La chica empieza a correr según lo convenido y detrás de ella, Eulalio, brillantes los ojos por el extraño fuego que lo consume y con la sonrisa de sus mejores horas de enajenada felicidad corre, corre como si quisiera alcanzar una estrella.

Cuando la niña da un traspié que la tiende largo a largo al borde de la calzada Eulalio Fuentes se le acerca primero con rápidos y felinos movimientos y luego más cauteloso, mientras su presunta víctima lo mira asustada aguardando la intervención oportuna de su padre y del policía que aún no han salido del escondite.

Junto a ella extiende su brazo trémulo y roza apenas el moño celeste que sostiene los cabellos de la niña, con una caricia ingrátida de sus dedos ásperos, dueños del agrio aroma de los campos.

El hermano

Mientras regresaban del obraje, los dos hermanos, ensayaban otra vez el mismo diálogo, que los montes escuchaban.

-Y adónde te irás -dijo Claudio como si lo viera por primera vez.

-A la Ciudad, adonde llega el tren. Cuentan tantas cosas los que vuelven -respondió Jacinto.

-Si vuelven. Todo eso cuesta mucha plata y vos, ¿qué tenés para llevar?

-Trabajaré; ahora trabajo sin esperanzas en una jaula de quebrachales y espinillos...

Hasta que llegaron al rancho, sus silencios hablaron idiomas diferentes. El escenario continuó con los mismos actores representando el mismo papel, pero los hermanos sabían que algo había cambiado desde que Jacinto expresó su deseo de zafarse de aquel cautiverio y acceder al convite del horizonte.

Llegó, con un otoño luminoso, la decisión irrevocable de partir. Estaban sentados a la mesa donde el silencio de la familia campesina sólo era quebrado por monosílabos. Sobre ese mutismo, se derramó como lava hirviendo la voz de Jacinto y resbaló sobre el consejo materno y la autoridad indiscutida del padre.

Nada; se iría y no había por qué afligirse, la Ciudad no era una fiera.

Tomó los más sencillos recaudos y con un pequeño bolso, partió una mañana cuando todo el monte parecía corear la despedida con rumores y cantos. En la fisonomía agrietada del padre se hundieron aún más los surcos y en los ojos de la madre se acaudillaron los presentimientos.

Al comienzo de la ausencia algunas cartas traían las noticias de la vida de Jacinto en la Ciudad, la búsqueda de un trabajo, la brega en un medio extraño, después una pausa ancha como el abra pulmonar del monte.

Los días derrocharon sus granos de arena sobre aquella comarca lejana. Claudio, en el camastro de su infancia miraba la otra cama vacía mientras escuchaba la serenata de los grillos. Pensaba. Si la Ciudad le devolviera a su hermano ¿sería el de antes? Su regreso ¿sería definitivo, o al volver le pesaría más la eterna inmovilidad de la selva? Quizás le parecieran más taimadas las sombras, más sellado el mutismo de los padres. Si estaba transformado en otro, ¿en qué atajo del recuerdo reencontraría su infancia...?

Ansioso se acercaba diariamente al correo hasta que un día llegaron unas líneas. Desencanto. Lanzazos del héroe a los molinos de viento. Qué difícil la lucha por ese maldito afán de superar las piedras y los árboles. Qué amargo le sabía el pan de la impotencia. Quizás volvería allá, al obraje, a doblar la cabeza ante su sino de leñador, quizás...

-¿Y tu hermano cuándo vuelve?

-Pronto nomás -contestaba acariciando la seguridad del retorno. Releía las cartas optimistas, y como lo había temido, parecía otra persona la que le hablaba a través de la distancia.

Apenas lo reconoció por la sonrisa y por el color de los ojos cuando descendió por la escalerilla del tren. Ese no era su hermano. ¿Qué muertes se lo habían arrebatado a jirones para dejarle allí esa réplica bastarda? Hasta la voz le llegaba como por tubos desde un rincón de asfalto. Y se quedó clavado en el tiempo, aguardando el milagro.

-Ni he venido a quedarme ni soy tu hermano. Éramos compañeros de pensión antes de que lo trasladaran al Hospital de Jesús María. El clima de la ciudad no le sentaba y me pidió: «escribiles durante un tiempo hasta que me consuma del todo». Me lo dijo una mañana, con una sonrisa triste, durante mi breve visita:

-Mientras vos les escribás yo seguiré viviendo. No me liquidés demasiado pronto, hermano... después andá a verlos para decirles la verdad.

-Venga, venga hasta casa -agregó Claudio, inseguro.

-No me atrevo a hablar con tus padres. Me volveré en el próximo tren...

Claudio, de vuelta al rancho, no lloraba, porque el otro dolor habría sido menos tolerable. No hubiera aguantado que la Ciudad se lo arrebatara vivo. Ahora podría -se lo dice la tierra, que maldice a quien la niega- volver a salir con su hermano a juntar miel por el sendero del Potro y meterse en cuanta madriguera los tentara con sus bocas de niebla. Su hermano ya no estaba, era evidente, pero buscando un poco, lo hallaría en cualquier atajo del recuerdo.

El gusto de la lluvia

Duermo en la plaza. Debajo del banco, donde por las mañanas y por algunas noches, pasa las horas muertas el Largo Fenegan. Es el sitio más cómodo porque sus piernas -que llegan casi hasta el cordón de la vereda- no me molestan cuando estiro mis patas hasta el pedregullo.

Eso sí, tengo que achicarme un poco, cuando a eso de las diez de la noche, un par de piernas más cortas y robustas se ubican junto a las del profesor de inglés. Desde mi rincón oigo que hablan y dicen cosas como «siempre» y «nunca» «te quiero», «no te olvidaré». Creo que las escuché en algún otro lugar de la plaza. Las palabras de los hombres significan muy poco para mí. Jamás nos prometemos nada con Erika y debe de ser por eso que después de tantos años de nuestro simple matrimonio de perros -y no sé por qué le llaman vida de perros a la que llevan algunas parejas humanas- seguimos mirando juntos las

mismas cosas y viendo cómo crecen nuestros cachorros. Yo creo que la gran debilidad de los hombres es pensar. Yo observo, tengo ideas, pero no las relaciono. Ayer, por ejemplo, oí que decían:

-Hace tanto tiempo que espero tu decisión. Ya no sé qué pensar de este noviazgo eterno. Ya no soy joven, mi madre pregunta...

-Qué les importa a los demás. ¿Acaso ellos van a pagar la olla que yo no puedo, con mis escasas entradas de profesor? Hemos esperado tanto. Ya vendrá...

-La vejez y la muerte...

-Vamos, Elisa, no pensarás morirte a los cuarenta y tantos. Mientras ellos conversan, la gente, las parejas, pasan ajenas a ese mundo en cuyo umbral yo hago guardia permanente. En la «vuelta del perro» -ya me gastan el nombre- las faldas y los pantalones van y vienen hasta producirme sueño. A veces cuando me despierto ya he quedado solo y, muy entrada la noche, me distraigo mirando ese retazo del pueblo que rodea la plaza. La iglesia centenaria, la municipalidad, el diario, el chalet «Miralejos», los baldíos interminables, un grupo de perros que siempre pasan con la intención de que yo me una a la patota y al ver mi indolencia se alejan...

-Cha que estás viejo...

-Dejalo. Si es el guardián de la plaza...

-Qué va. Es el que sigue a los entierros...

-Cruz diablo...

Una noche, ya muy tarde, me sorprende que esté todavía el Largo Fenegan en nuestro banco de siempre. La plaza ya es un remiendo silencioso del pueblo. De vez en cuando algunos taconeos cadenciosos me distraen. Observo. Son unas piernas jóvenes: la falda no puedo verla, porque está más arriba de mi campo visual. Pasa y vuelve a pasar hasta que Fenegan le dice algo que yo no entiendo muy bien, pero sí noto en su voz un acento o un temblor desconocido.

Algo como una gárgara de juventud. Ella da una vuelta más y se pierde en la esquina de los Jáuregui.

Al día siguiente cuando llega Elisa están largo rato silenciosos.

-¿No tenés nada que decirme? -se anima la mujer.

-Nada. Estoy aburrido. El pueblo me asfixia un poco. Además sabés cómo me deprime la cercanía del otoño.

-No será -insiste ella- que, como las paralelas, vamos uno al lado del otro sin esperanza de unión...

-Vos, con tus comparaciones geométricas -farfulla amoscado el inglés-.

-Pero qué significan dos vidas, así, sin compartir alegrías y sufrimientos, una experiencia continuada, los hijos...

-¡Qué pereza! Yo no quiero hijos. Lo veo por mis sobrinos. Es mejor criar perros. Mirá este pobre bicho fiel -el bicho soy yo- ni el invierno lo espanta de mi lado. No me sigue hasta casa porque le amago un cascoteo.

Una pierna de Elisa -pobre, con bastantes várices- se mueve nerviosamente. Las del inglés están abandonadas sin recato sobre la vereda desierta de la plaza como si no tuvieran dueño.

Al poco rato me quedo solo con el Largo. Es una de esas noches en que los perros detectamos presencias que la miopía de los hombres no puede intuir. Yo sé que alguien morirá: cuando alrededor de la casa del señalado hay como una aureola musical de campanas, y percibo desde lejos el sabor de las tormentas. Los relámpagos me aterrorizan porque los perros sabemos -los hombres todavía no- que las fuerzas de la naturaleza tienen el poder de la infinitud. Por todo esto es que pude oír los pensamientos del inglés. «Qué bronca con este otoño. Claro, nos sucede lo que a las plantas. Hay que morir para renacer. No hay alborada si antes no hubo la noche. ¿Y yo? ¿Para qué mi otoño? Se me están secando las raíces...»

Me duermo. No sé cuánto tiempo. Me despierta el timbre de una voz desconocida que - un verdadero escándalo- ríe desgranando perlas sobre el banco. Y a cada palabra del inglés una nueva carcajada burbujeante y joven. La voz del hombre se vuelve verano y la de ella revela todo cuanto en el país del milagro puede acontecer. Hace mucho que «ella», «la nueva», lo observaba con la otra, con esa mujer avejentada y triste. Él no recuerda pero «ella» fue su alumna hace dos años. Claro, todavía usaba las trenzas que ahora se atrevió a soltar. Como su audacia. En idioma inglés era un zoquete pero tenía enorme facilidad para la literatura. También escribía. Era la que firmaba con el seudónimo de Amarilis en el diario Exaltación.

Llegó la madrugada después de esa noche de diálogo a veces interrumpido por una vacilación o por un suspiro y las piernas de ella -sin várices- se pierden primero por los canteros centrales y después, detrás de la fuente de agua sucia, custodiada por los tres sapos de bronce.

Durante varios días me siento muy solo. Nadie, salvo unos chiquilines que me tiran de la cola, ocupan el banco. Ya perdidas mis esperanzas de tener compañía, reconozco las piernas regordetas de Elisa que se acercan. Con gran expectativa de mi parte no se sienta sino que se deja caer sobre la dolorida madera. Allí permanece mucho tiempo quieta y silenciosa. Algunos transeúntes dejan todavía oír una que otra voz a nuestro alrededor. Luego, nada. El pueblo se va apagando como un último rescoldo. Lejanos ladridos de

algunos congéneres. El reloj de la torre de la iglesia que da doce campanadas. De pronto me sobresalta algo que me parece una risa ahogada. En seguida una gotita se desliza por mi lomo. Justifico entonces al inglés que le teme al mes de marzo y me estremece el recuerdo de los relámpagos. Yo que no sé pensar, mientras me enjugo la gotita salada con la lengua, deduzco que este otoño va a ser muy diferente. Ya está cambiando hasta el gusto de la lluvia...

La certeza

Falta sólo una hora para llegar a mi casa. Los postes del alambrado pasan raudos mientras algunas mariposas -siempre hay cosas difíciles de impedir- detienen violentamente su vuelo en el parabrisas de mi coche. Nada como los toboganes del camino para pensar y pensar. Se puede recorrer el planisferio y hasta el universo. Revuelvo el antro de la memoria y la caja de regalos del futuro. Sueño. Y deshago mis sueños con la misma facilidad con que mis hijos hacen y destruyen monigotes de plastilina. En algunas ocasiones mi fantasía me hace sentir satisfecho. En otras, las imágenes me molestan y quiero ahuyentarlas pero no puedo y ahí queda inamovible, el fracaso, la caída o el simple enfrentamiento a un rostro desagradable: ¿de qué paraíso o de qué infierno perdidos vendrán a la imaginación esas facciones que no existen a nuestro alrededor? Deduzco que, de veras, el cerebro es incontrolable y que el inconsciente obtiene a menudo triunfos parciales aunque molestos, sobre la conciencia y la voluntad.

Más postes y sembrados, las primeras casas se me acercan cuando tomo la curva de la feria donde están descargando ganado de algunos camiones. Y demasiado velozmente, también, llego al paso a nivel donde la barrera automática con vía de escape, está baja. No puedo frenar. Es demasiado tarde. Giro el volante en brusco movimiento que me produce un dolor agudísimo en el brazo izquierdo. Estoy atrapado por el tren que ya se ve como adherido a la puerta delantera del auto. Es como si desde siempre hubiera visto a través de la ventanilla esa cara de cíclope que ahora me fagocita sin remedio. Pero no me aplasta sino que con su enorme mandíbula de hierro, con un chirriar que se impone a toda otra sensación de angustia, me arrastra no sé cuántos siglos por las vías hasta arrojarme a un costado, en medio de espesos cardales.

Antes de que se acerquen los que vienen del lado de la estación y los pasajeros del tren que -al fin- se ha detenido, salgo del coche y empiezo a caminar hacia casa. No me importa la hora, ni el estado del auto y olvido casi por completo la impresión de la catástrofe vivida. Camino como cuando en la ruta las cosas impresionan mi sensibilidad. Me llama la atención la serenidad del cielo y una desacostumbrada sensación de libertad.

No me extraña, por lo tanto, que mi mujer y mis hijas, pasen por mi lado, sin verme, camino a la estación ni tampoco al seguirlas desandando el itinerario propuesto, me emociona llegar al lugar donde hay un coche destrozado. Y menos aún ver que allí, confundido entre las cuerinas rotas del tapizado y la chapa informe, yace mi propio cuerpo. Flojo, definitivamente relajado como si fuera sólo un traje que conserva tibio, por algún tiempo, la forma de su dueño.

Tampoco me asombra el hecho de seguir pensando, discurriendo, cuando liberado de todo contacto material me pierdo por el camino de acceso, arbolado de tilos. Voy solo ya, hacia no sé qué destino, con la certeza de mi certidumbre.

La colmada soledad

De vez en cuando me acuerdo todavía de aquella mañana en que me despertó un inocente escozor en el ojo derecho. Me levanté apresurado porque era mi primer día de trabajo efectivo y les demostraría a mis compañeros de vivienda que yo también podría desempeñarme como ellos, como Iturbide, que todas las noches frente a su botella de vino y a su lámpara siempre exangüe, contaba hasta quedarse dormido los pesos que le había entregado el capataz de Cargel.

Por un momento pensé en ir hasta el Santa Lucía -otra vez había ido allá a sacarme una esquirla que se me clavó mientras ayudaba al dueño de la pensión a realizar un trabajo en el torno- pero no podía llegar tarde, y nada me hacía suponer que un simple prurito en un ojo tuviera serias consecuencias. Me refresqué en la pileta del patio y corrí para alcanzar el colectivo en el que, como siempre, fui un muñeco más, zangoloteado por los barquinazos y luchando por mi magro lugar en el estribo.

A media mañana se me volvieron insoportables los alfilerazos en el ojo derecho; me pareció menos tolerable el calor, la transpiración y el olor a cereales húmedos y descompuestos que me sofocaba las raíces. Después, todo se baraja en mi propia tiniebla. La memoria se resiste a recordar la transición, pero en mis puños han quedado las señales de tanto golpear inútilmente contra el muro de oscuridad.

Ahora ya todo es diferente. Ciego, me tengo menos lástima que la que me inspiraban los ciegos cuando yo veía. Me parecían vegetales sorbiendo del aire o de la tierra lo estrictamente necesario para sobrevivir. Los que observan la desgracia de los demás, la magnifican, la imaginan despojada de la resignación que sólo se logra cuando se madura desde adentro el dolor irrenunciablemente propio. Además, a mi modo, yo puedo ver, porque si falta el rey de los sentidos, los otros que eran súbditos se vuelven repentinamente caudillos en una soberbia anarquía. No necesito de los ojos para comprobar la irrupción de la noche, porque mi piel, mis oídos, mi olfato son los minutereros de un reloj infalible. Cómo no reconocer la madrugada en la frescura serena del aire y en la creciente algarabía de los gorriones que despiertan en los paraísos y en los talas. Cómo no reconocer el mediodía en el calor vertical del sol, y a las horas de la siesta, por el letargo de la tierra.

Al sentirme un hombre distinto quise rodearme de naturaleza y me alejé de la ciudad. En este pequeño pueblo creo que soy el único que tiene su parada en el portal del Señor de la Exaltación, y como sólo hay tres misas a la semana, los domingos hago también mis incursiones a la salida del cine Roma o al Remolino, balneario sobre el Arroyo de la Cruz.

Desde que estoy aquí he tenido la impresión de que para la gente del pueblo no tengo más espíritu, más humanidad que el santo de piedra de la iglesia centenaria. Todo lo que me diferencia de él es que yo extendiendo una gorra o un platillo y pronuncio algunas frases de agradecimiento, en ocasiones de los mismos quilates que tienen las limosnas que me arrojan: monedas de centavos o tapas de gaseosas.

Hace unas cuantas semanas comenzó para mí una temporada de estrecheces económicas. Sergio, un chico huérfano, el único que algunas veces me habla cuando nos encontramos por la calle, quizás porque él también añora un interlocutor, me iluminó acerca de la posible causa de mis negocios fallidos: se había corrido la voz de que yo tenía una fortuna escondida en mi camastro. Resignado y con lo poco que me quedaba seguí yendo por un tiempo al bar de la estación a comprar mi ración de pan y fiambre, hasta que tuve que empezar a pedir que me fiaran, cosa que no me resultaba embarazosa cuando eran los muchachos los que me atendían, pero sí cuando el padre era el que me hacía comer las migajas con un «haragán» o un «aprovechador» que bien visto, no sé si merecía.

Así las cosas, algunos días ni me animaba a enfrentar la aventura diaria y me quedaba en mi jergón dormitando. El hambre, que podía localizar en un lugar de mi cuerpo revelaba su escasa hondura frente al apetito -que últimamente me acuciaba- de hablar, de tener una larga conversación con alguien de mi nivel espiritual. Vaya, no es para reírse. Charlar con un hombre -no me disgustaría si fuera mujer- que comprendiera muchas cosas sin haberlas leído o habiendo leído sólo cuatro o cinco cosas fundamentales.

No sé cuánto tiempo me había quedado una tarde acostado, cuando decidí salir a caminar sin rumbo. Anduve sin dejarme guiar, conforme lo hacía habitualmente, por señales conocidas como el paredón de la municipalidad, las veredas abiertas de la plaza, los murmullos que llegan hasta el puente viejo desde el campamento gitano, que hace un tiempo se instaló para quitarle el sueño al intendente. Mi rostro se humedecía con el sereno de la noche estival.

Cuando llegué al barrio Lausirica -entre vivienda y vivienda hay un buen trecho de campo- percibí el sonido de mis propios pasos como si fueran ajenos y tuve la sensación de estar desdoblándome: un yo vivía y el otro lo miraba vivir. Luego no ya dos, sino cuatro pasos resonaban sobre la tierra apisonada. De pronto, cuando atravesé el segundo puente llegó hasta mí el silbido del tren, que con su imperio pasó sobre mí apagando con su poderío todo pequeño rumor.

Hecho el silencio quebrado por algún ladrido lejano pude escuchar otra vez la seguridad de los pasos y ya junto a mí la voz desconocida:

-Qué noche estrellada y clara- y en ese hablar casi consigo mismo, me hizo una descripción del paisaje nocturno como si quisiera compartir conmigo el privilegio de asomarse a la vida. Venía de San Pedro. No le pregunté a qué, ni cómo se llamaba. No me importó nada en él todo lo externo que condiciona y señala al resto de las personas. Él era «la» persona, la única que llegué a medir con el cartabón de mis sentimientos.

Nos sentamos en una alcantarilla solitaria y en medio de un crujir de papeles desparramados, sacó alimentos y bebidas que gustamos en silencio y después hablamos largamente. No podría recordar qué le dije, pero debió de ser algo sincero porque esa noche, ya sin hambre de pan ni de palabras, lloré lágrimas olvidadas. Mientras el sueño llegaba blandamente recordé: la mía no era la tensión hacia el padre, hacia el hijo o hacia el amigo. De casi nada de eso supe o me acuerdo ya. Era la armonía entre el creador y su

criatura y, aunque comprendí que había algo de misterioso en el encuentro, había también algo que entendía, «ya no estoy solo, puedo verme, sin ver, en el espejo de otra mirada y puedo comprender el lenguaje del mundo, sin palabras».

Al día siguiente, sentado en el banco de la estación del Urquiza hablamos de la gente del pueblo. Conocía a todos y era como si todos lo conocieran a él. Conocía los móviles de muchas actitudes contradictorias: ni Juana Rosa era una mala mujer ni el turco Aníbal robaba en su mercería, y mientras devorábamos el alegre pan compartido, hablamos del tiempo amenazante y de la pesca en el arroyo ancho cerca de las Cinco Bocas.

Cuando ya muy avanzada la noche hallamos a Sergio que atravesaba en diagonal la plaza, le presenté a mi amigo y continuamos caminando los tres, más de dos cuadras.

Esa noche no me permitió conciliar el sueño un persistente mareo y mi insomnio tuvo la incómoda compañía de tristes pensamientos. ¿Hasta cuándo duraría esa amistad que me había hecho un hombre nuevo, que me salvaba de la incomunicación y del hambre? Y otro pensamiento y otro. ¿Cómo sería mi salvador? Podría preguntarle a Sergio, aunque no quería ni siquiera imaginar su rostro, porque el amor y la amistad no tienen rostro; pero lo mismo, al día siguiente cuando encontrara a Sergio...

Pero al día siguiente... casi no podía abrir los ojos. Los párpados le pesaban y aunque hacía varios días que, en oposición a la euforia alucinada que había ganado su espíritu, no se sentía físicamente bien, nunca llegó al extremo de no tener deseos de levantarse. Al fin creyó sobreponerse y logró echarse sobre los hombros el saco raído. Apenas pudo llegar hasta la esquina. Allí, como durmiendo sobre la raigambre de un plátano que sobresalía de las desperejas baldosas, lo encontraron muerto. El médico de policía dictaminó «por inanición».

No llegó, pues, ni a preguntarle a Sergio cómo era el rostro de su amigo ni a obligarlo a que inventara una mentira piadosa, porque aquel día del encuentro en la plaza, en varios metros a la redonda, no estaban más que dos hombres, el ciego y Sergio. Al tercero lo había inventado la soledad.

Vivir es darse tiempo

Nunca me han gustado las casas con historia y ahora me tocó en suerte una de ellas, después de habitar veintidós años un pequeño departamento de la calle Urquiza. Aquél sí era nuestro. Nosotros lo habíamos estrenado y saturado de favorables vibraciones -como dicen los espiritistas- porque allí fuimos felices con nuestros cinco hijos y conocimos ascensiones y caídas.

Eso sí, en tan exiguo espacio no podía dedicarme con tranquilidad a mis tareas docentes. Corregir deberes era una indiscutible hazaña porque, cuando me descuidaba, los más pequeños solían dibujar muñecos en las pruebas escritas o estampar la marca de sus dedos. Aguardaba con ansiedad los días en que mi madre se llevaba a los chicos a pasear, para

dedicarme a mis trabajos literarios -cuentos, poemas, o ensayos- que luego enviaba a diarios y revistas del interior.

En cambio, a esta casa, llena de ventajas para los afanes expansivos de mis hijos, no pude hacerla mía enseguida porque había sido demasiado de otros; tiene más de cuarenta años y una tradición dramática: cuentan que aquí se suicidó una mujer.

Mis manos inadaptadas a sus picaportes antiguos, mis pies, a sus interminables pisos de baldosas, mis descansos, a su opresivo silencio, concluyeron por convencerme de que nuestras presencias deberían desalojar lentamente a los duendes invisibles que dormían en los rincones, en las altas persianas y en las manchas de vejez y de humedad. Ante todo debería averiguar -creía tener derecho a conocer el currículum de nuestra nueva morada- por qué se había suicidado la persona que ya tenía, sin saber nada de ella, toda mi adhesión de mujer y de sucesora en el espacio y en el tiempo.

Una noche, ya acostada, mientras distraía la mirada en un poster que coloqué en mi cuarto y que tiene la frase de Saint Exupéry «lo esencial es invisible a los ojos» se me ocurrió pensar que en lugar del cielorraso había listones de madera. Al mismo tiempo imaginé que en un rincón estaba un viejo reloj de pie y hasta me pareció oír el toque de las dos de la madrugada, hora que indicaba el reloj de mi mesa de noche.

Insomne, me levanté y sentada frente al amplio escritorio que, ahora sí, me ofrecía tranquilidad y aislamiento, intenté darle forma a un poema; rompí papeles y malhumorada porque también un cuento ya pergeñado, sólo era huidizo fantasma, me acosté.

Entre los pocos vecinos con los que hablé en el barrio, indagaba sobre el tema de mi interés. La peluquera de enfrente había sido amiga de Camila Durán, la suicida. Fue muy reticente la primera vez que conversamos.

-Todavía recuerdo la noche y el lugar en que la velaron. Era -dijo- en el primer cuarto (se refería al mío), salió del accidente todavía con vida pero murió a las dos de la madrugada. Durante el velatorio los enormes velones ennegrecieron las vigas del techo en el que los últimos inquilinos colocaron cielorraso. ¿Sabe, señora?, se parecía a usted hasta en la manera de peinarse. Aparentemente no tenía graves problemas. Yo no puedo creer que se haya matado por lo que decían -y el filo de la voz se le melló de emoción.

Esa noche, ante el estado de incomodidad física que me anunciaba un nuevo desvelo me levanté y salí al patio. Mis hijos y mi marido dormían.

Mis chinelas, sobre el embaldosado sonaron a hueco al llegar a la escalera que lleva a la terraza. Golpeé deliberadamente con el taco y pensé que retumbaba como si abajo hubiera un pozo... Volví al cuarto y me senté con la intención de escribir pero me dominaba la obsesiva idea. Desde que nos habíamos mudado fui incapaz de darle forma literaria a un pensamiento. ¿No escribiría más? Conjuré el sueño pensando en Camila y en mí; me sorprendí nombrándola con la familiaridad con que pronunciaba mi propio nombre.

Al día siguiente no pude reprimir la impaciencia y crucé a peinarme. Quería saber más. Tenía la rara impresión de estar interpretando un test que me descubriría a mí misma.

La peluquera, espontáneamente sin que yo la interrogara comenzó:

-¿Se peinará como siempre? Pobre Camila... ni rastros del peinado que yo le había hecho esa tarde. La sacaron del pozo con las guedejas largas y aceitadas que brillaban a la luz de la luna. ¿Y sabe por qué dicen que se mató? Ella era escritora y como en el departamento donde vivía antes, no la dejaban en paz los sobrinos, vino a buscar tranquilidad a la casa grande. Parece que el sosiego no le hizo bien; ella afirmaba que la había vuelto estéril. Yo no la comprendía mucho cuando explicaba su angustia cada vez que se disponía a escribir y todos sus intentos se frustraban. Dicen que dejó un papel donde declaraba «que prefería el mutismo de la muerte al silencio del ángel». Dígame -concluyó como si yo fuera una moderna esfinge- ¿no se justifica lo que se dice de los escritores, que todos tienen la cabeza...?

No escuché más. Volví como alucinada. El día transcurrió como todos, desteñido de rutina y salpicado por las risas y los llantos de los chicos que ya eran parte de la casa.

A la noche, sigilosa, fatigada por el viaje sin regreso hacia mi propio misterio escribí esta historia, la de Camila Durán. Pude haber corrido su suerte, y gracias a ella, a su martirio, logré escribir esto que no es un poema ni un ensayo, ni siquiera un cuento, pero que canceló mi condena, rescatando mi salvación, porque crear es vivir y vivir es darse tiempo.

El verdugo

Desde niño nos hemos mudado repetidas veces de casa y deambulado desde Asunción del Paraguay, por varios pueblos de la Provincia de Buenos Aires, porque así lo imponía la profesión de marino trashumante que mi padre desempeñaba con gusto y mi madre y yo sobrellevábamos. Pueblos costeros siempre, adormilados sobre la margen del río o del mar, aptos para el aguardo interminable de mi madre. Aún hoy -mi padre muerto- la sorprende a menudo con la mirada escudriñadora como esperando ver trizarse en proas, la línea de cualquier horizonte.

Después, cuando ella y yo quedamos solos, cansados de peregrinar, clavamos nuestra ancla en la ciudad, enjaulándonos en un departamento céntrico, meta definitiva, donde realicé mis estudios secundarios, comencé la facultad, me hice de amigos y transcurrió sin altibajos mi vida consciente. Porque mi vida infraconsciente transcurre en otra parte. Aunque he vivido en varias casas y hasta en algunos hoteles, de San Pedro, San Nicolás, Puerto Belgrano, siempre sueño, no con todo el pasado que involucra a esos lugares, sino con una casa especial, la que habitábamos en Zárate a dos cuadras de las barrancas que anunciaban como extensos y rojizos mojones, la depresión viboreante del Paraná.

Ya instalados en Puerto Belgrano tuve necesidad de regresar a Zárate. Durante varios días insistí con obstinación en volver a ver -sólo desde afuera porque ya estaba alquilada- la casa, cuyos detalles mi memoria había comenzado a deformar. Mi madre me acompañó y luego, regresé a Zárate no una, sino dos, tres, diez veces, a seguir la búsqueda de algo que, sin poder precisar qué era, sabía que estaba dentro de la casa. Como un investigador o como un ladrón averigüé quiénes eran los actuales moradores para llamar a la puerta y con cualquier pretexto espiar el interior de ese fuerte, detenido en la incongruencia del tiempo.

Nunca me atreví. Sólo la visito en sueños; en vigilia la imagino; me basta con cerrar los ojos, o aún abiertos puedo percibir la entrada de ásperas baldosas, flanqueada por dos filas de lirios; el pequeño jardín de la derecha, el largo corredor con el jazmín de lluvia, a un costado las habitaciones corridas y el inmenso fondo que comenzaba donde un limonero y un naranjo oficiaban de ambarinos vigías del invierno; más allá en medio de mi reino de siestas interminables, el corpulento arce del que pendían lonas, juguetes, escaleras, según el árbol se metamorfoseara en tienda en el desierto, casa en la ciudad o refugio en la selva inexpugnable.

Cuando sueño con la casa de Zárate, las imágenes son tan claras que al despertar creo haber estado de veras allí.

Preocupo a mi madre al despertar: -En mi sueño la casa parecía desocupada; el corredor estaba tapizado de hojas secas que el viento húmedo del río dispersaba por momentos. Tuve -agrego- un cabal sentimiento de soledad y de abandono.

-Qué sabés -me dice- lo que es la soledad y el abandono.

-Sí, lo supe anoche mientras soñaba con el arce con el que antes jugaba, porque estábamos enfrentados pero irremediablemente extraños. No ya como antes en que el árbol, la casa y yo nos identificábamos.

-Antes -responde mi madre- tenías el patio y el árbol. Hoy tenés otros bienes. Aquella manera especial de verlo todo se llamó infancia y ya pasó para vos. Es sólo cuestión de tiempo.

No replico. Mi madre no comprende. Mi infancia no fue una experiencia de otra época. Mi infancia está en otro sitio, detrás de una puerta negada, aguardando el reencuentro que tarde o temprano debe producirse entre el que fui alguna vez y el que ahora creo haber llegado a ser. Es espacio no tiempo lo que me separa de ella.

Vuelvo a soñar con la casa. Esta vez, oculto detrás de un cortinado, veo que hay luz en la cocina, y en ella dos o tres personas reunidas alrededor de una mesa hablan de algo que me interesa vivamente:

-Será preciso hachar el naranjo -dice uno.

-Y qué haremos con el arce -interroga una voz de mujer madura.

-Lo derribaremos la semana próxima porque también molesta para hacer la quinta - replica alguien áspero y cortante como el arma que amenaza al arce. No puedo escuchar más y despierto sobresaltado.

Un extraño desasosiego se apodera de mí al conocer la suerte que correrán mis árboles y al mismo tiempo me preocupa que un sueño, llegue a turbar mi tranquilidad de esta manera.

Todo el día recuerdo a los moradores de mi casa como a siniestros seres que planean un alevoso crimen; el árbol es para mí un ser vivo cuyas voces acompañaron mi niñez y cuyos brazos me protegieron. Y pienso dónde termino yo y dónde comienza su savia verdeante. Llega a parecerme fortuito el hecho de no ser yo quien en cada primavera se cubra de inúmeras palomitas verdes o de no ser él quien viva ahora en Buenos Aires, asfixiándose entre obligaciones, tecnología, ruido...

Me esfuerzo por distraer mi obsesionante preocupación. Leo mis autores preferidos, historietas tontas. Salgo sin rumbo. Trato de interesarme por la televisión... si pudiera viajar a Zárate para impedirlo. ¿Cómo entrar en una casa ajena a interferir sin derecho aparente en los designios de sus moradores?

Temo la llegada de la noche porque en ella no me queda otra alternativa que asumirme en el ser que soy en mis sueños, y que quizás deba contemplar la destrucción del arce.

Cuando la madre de Darío Barzi entró a la habitación y recorrió las cortinas, observó que en el rostro de su hijo, en apariencia dormido, se insinuaban algunos rasguños rojizos y un hematoma en medio de la frente. De esa frente humana que ya no ocultaría la simultaneidad del presente y del recuerdo, porque en una casa de Zárate próxima a las barrancas del Paraná, un arce añoso y corpulento acababa de ser abatido.

Nunca llegaría a comprender el verdugo del árbol, por qué al desplomarse el tronco sobre la greda reseca, se oyó en medio del silencio nocturno, el restallar de una segunda caída como de alguien que trepado a su ramaje, hubiera querido interrogar al misterio de la tierra.

Holocausto

Tengo que accionar la palanca para que el proyectil granee fuego sobre el villorrio desprevenido. Yo célula. Yo cárcel. Yo número. Faltan sólo minutos para el instante preciso.

Un extraño sorteo me ha convertido en una pértiga que ya nadie podrá detener. Es fortuito el hecho de pensar. Además, en estos casos, el pensar es una previsible pero inútil contingencia.

Los rombos del sembrado, las líneas zigzagueantes de los ríos se deslizan como en una rotativa cuyos giros me aproximan a los primeros caseríos donde aguarda la comunidad enemiga. ¿Enemiga? ¿De quién? ¿Míos? Yo, no tengo nada contra ellos y los voy a

asesinar a sangre fría. Quizás mate a un anciano -mis abuelos- y con ellos mi pasado, a los fuertes labriegos -mis padres- y con ellos mi casa; mi último origen. Dispararé a los niños - mis hijos- y al hacerlo inmolaré mi futuro. Sobre todo mi futuro. En este momento estarán jugando con muñecas y caleidoscopios, con bicicletas en los jardines, ignorando que la muerte los acecha. Alguno estará haciendo sus deberes, o rezándole a su Dios y enterándose de que Él debiera estar con los hombres. Pero, ¿con cuáles?, ¿con ellos o conmigo?

Me parece estar solo en el bombardero. Solo en la enorme cabina de una conciencia a la que nunca prepararon para la destrucción.

Además, ¿qué se disputa en esta guerra? ¿Se trata de acabar con una ideología malsana o en definitiva de conquistar un poco más de una tierra que marcha hacia su autoexterminio?

El comandante de la nave, el piloto, los mecánicos, todos me hablan la mitad de un diálogo. Yo no puedo contestar. Las herramientas no hablan. Me industrializó una máquina con una finalidad inexcusable y dentro de algunos minutos me fijarán definitivamente en mi praxis esencial.

De pronto, el recuerdo, la inquietud de mi mujer y el asombro de mis hijos, orgullosos por mi designación. Seguramente ya lo sabría todo el barrio por la costumbre que tienen las mujeres de convertir las compras en un motivo de tertulia. Me parece escucharla. «Salió a cumplir una misión muy difícil».

Sin embargo, sería tan fácil. La simple kinestesia de un brazo. Tan sencillo como exterminar las moscas de un cuarto, tan elemental como ignorar el perro, que en las mañanas de invierno, luce temblando su pelambre de escarcha. Normal como nacer, lógico como morir.

Ya es la hora, marca en el reloj una aguja de voz que se multiplica. Observo la retícula de una mira borrosa. Debo accionar el disparador. Podría no hacerlo y lo haría otro en mi lugar. Pero sé que mi negativa irá de boca en boca; será un manifiesto corrosivo y mi rebelión hará pensar, aunque sea, a un solo hombre. Le hará creer que he amado a los seres y a las cosas, a mi hermano, al que está allá abajo, aguardando mis designios.

Las voces de sus compañeros lo acompañan en su último viaje «¿qué hacés? ¡Volvé! ¡Es la hora! ¡Se ha enloquecido!» Desde arriba parece un pájaro abatido por la bala del cazador afortunado; se reduce, luego nada. Desde abajo, se ve un fardel arrojado en medio de un hontanar donde abonará la tierra del perdón.

Lo que nunca llegará a saber el Hombre es que -puesto que las máquinas se equivocan- cayó en un desierto a varias millas del objetivo. Un holocausto inútil como el de tantos que eligieron morir para que otros despertaran de un mal sueño. En la aridez del campo, un árbol, uno solo, proyecta su sombra sobre la ceguera del mundo.

Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.



editorial del cardo